

REVISTA COSTARRICENSE

Año VIII

22 de Enero de 1939

Nos. 362 y 363



HCR
056
R454-rc

San Francisco de Asís y el lobo

La bondad mal entendida de los padres puede afectar la personalidad del niño

Un error que cometen los padres es atribuir el cambio en el comportamiento de su niño a la enfermedad que tuvo u operación que le hicieron. Antes de enfermarse era de buen genio, con buena voluntad asistía a la escuela o hacía un mandado, pero ya no hace nada de buena gana. No quiere asistir a la escuela ni hacer mandados y trabajitos en su casa. Con raras excepciones, la enfermedad u operación no ha tenido nada que ver con el cambio en comportamiento.

Dijo lo siguiente el doctor C. H. Gundry ante la asamblea de miembros de la Cornwall Medical Society, del hospital de Ontario (Ontario Hospital), en Brockville, Ontario, Canadá:

"Los efectos de las enfermedades físicas en el cuerpo del niño son muy importantes para el desarrollo de las inclinaciones y características que constituyen la personalidad.

Una madre dirá que Juanito era un modelo de criatura hasta que contrajo la difteria o hasta que recibió una lesión en la cabeza, pero desde entonces ella no ha podido sacar derecho de él. Siempre se supone que un golpe recibido en la cabeza sea la causa, pero el estudio detenido de un grupo de aquellos casos demostró claramente que con mayor frecuencia es la actitud de la madre que ha cambiado y no el comportamiento del niño".

Para todos los doctores aquellos casos

son muy conocidos. El niño contrae alguna enfermedad, se quiebra un brazo o le operan las tonsilas, y por algunas semanas lo tratan como si fuera un pequeño héroe. Hace más o menos lo que a él le place; le permiten ausentarse de la escuela, tomarse libertades hasta el punto de volverse malcriado.

"Después de su enfermedad su madre puede estar poniendo tanto cuidado a los malos efectos físicos que a su niño sobrevengan a consecuencia de su enfermedad que no se da cuenta de que su mala conducta se debe al consentimiento y cuidado solícito de ella, y dice a sus amigas, de manera que él lo alcance a oír, que cree que él ha cambiado. Probablemente ella no lo corregía durante su convalecencia por miedo de causarle una recaída. Después el niño, encontrando dificultad en mantenerse al nivel de sus condiscípulos en estudios y deportes, se vale de esa suposición de su madre, que está sufriendo las malas consecuencias de su enfermedad, para disculparse y escapar castigos".

Creo que en nuestro carácter de padres de familia todos debemos reflexionar las palabras francas y beneficiosas del doctor Gundry pues, al fin y al cabo, es la personalidad y desarrollo del niño que perjudicamos con nuestra bondad mal entendida, que le demostramos después que ha padecido una enfermedad o sufrido las consecuencias de un accidente.

Bettina de Holst Hijos

Esta Tienda continuamente está recibiendo variadísimo surtido de flores para altares de Iglesia, encajes para albas, galones dorados, plateados y de seda. Encajes de lino; lino para manteles de Iglesia, batista de lino. Y todo lo que necesita para la primera comunión de sus niños y para los gustos más refinados.

DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29**REVISTA COSTARRICENSE**

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 22 de Enero de 1939

Suscripción mensual

— 44 —

cuatro números:

₡ 1.00

MUJERES DE COSTA RICA

Doña Julia Fernández de Cortés

(Para "Vanidades" Habana)

Bella, distinguida, de porte aristocrático, de vasta cultura, de nobles sentimientos, esta ilustre dama comparte con el compañero de su vida, los sinsabores y alegrías del alto sitial de la Presidencia de la República, sin abandonar los deberes y ternuras de su hogar donde esposo, hijos y pequeñas nietecitas la proclaman Reina. Mas' no termina en el hogar su reinado doña Julia Fernández de Cortés; reina también en el corazón de todos los que tienen oportunidad de apreciar sus virtudes. Tuvimos el gusto de conocer a la primera dama de la República, la noche del 8 de Septiembre, que se inauguró el Primer Congreso Centroamericano Femenino de Educación, presidido por ella para darle posesión a la Directiva que resultara electa; entendimos que asistía al acto porque tenía un perfecto concepto del deber que le señalaba su condición de esposa del Licenciado León Cortés Castro, Honorable Presidente de la República, pero se adueñó por completo de nuestra simpatía y admiración, cuando la vimos acudiendo diariamente a las sesiones del Congreso pretendiendo sentarse entre el público, teniendo que suplicarle que subiera a ocupar el puesto que le correspon-

día, en la mesa de la presidencia, a nuestra derecha, cuando en el brillo de sus ojos, en la animación de todo su rostro, se desbordaba la emoción experimentada por su alma ante la posible cristalización de sus sueños: **La atención al niño, en todos los aspectos de su vida!**

Madre amorosa de todos los niños, a la iniciativa de doña Julia Fernández de Cortés, se debe la Casa-Cuna donde un gran número de tiernas criaturas, además de los cuidados que reciben, cuentan con el cariño de esta bondadosa dama que se detiene ante cada niño, lo acaricia, nos dice su nombre, nos cuenta su pequeña historia que muchas veces alcanza a la de sus padres; nos relata a lo que obedece el aumento de peso de uno, los primeros dientes del otro cuando le brotaron, el por qué le tienden sus manitas las gemelas que le sonrían, mientras nosotros la contemplamos en el cuadro de madre cariñosa de lindos angelitos de hoy que ciudadanos conscientes de mañana, sabrán agradecer a doña Julia Fernández de Cortés su incesante afán por el engrandecimiento de su Patria.

Aida Peláez de Villa-Urrutia

Doña Aida Peláez de Villa Urrutia

Hacia su Patria

El 8 de enero en el vapor Chiriquí partió para La Habana nuestra queridísima amiga doña Aida Peláez de Villa-Urrutia dejando en Costa Rica los mejores recuerdos de su exquisita y muy culta gentileza.

Su claro talento y gran corazón dejaron muy honda simpatía en todos los corazones que supieron apreciar a la gentil dama, quedando todos con la esperanza de volverla a ver entre nosotros para continuar gozando de su valiosa amistad.

Después de cuatro meses de convivir con ella en nuestro hogar deja un vacío muy difícil de llenar, pero su recuerdo estará siempre muy vivo y el perfume de su delicada amistad continuará dándole vida al cariño profundísimo que despertó en todos los nuestros y avivando la esperanza de volverla a ver muy pronto en esta tierra donde tanto se le quiere y admira.

Sara Casal Vda. de Quirós

Noticia que debe regocijar a la mujer costarricense

Los cables nos han informado que la actuación de nuestro distinguido representante en Lima, el Licenciado don Claudio Cortés, al defender los derechos de la mujer fué brillantísima.

No nos extrañó que don Claudio defendiera los derechos de la mujer porque fué uno de los más valientes y convencidos partidarios de que a la mujer se les concedieran todos los derechos políticos, igual que al hombre, sin ninguna restricción, cuando nosotros presentamos la primera solicitud al Congreso de la República pidiendo esos derechos, en 1925.

Don Claudio está firmemente convencido de que la mujer tiene tanto derecho como el hombre para actuar en la vida política y que su influencia más bien favorecerá la campaña política como ha pasado en otros países donde la cultura de la mujer hizo cambiar la actuación del hombre, dando como resultado campañas políticas más cultas y también de mayor contingente, porque el hombre indiferente a la política sintió como un reproche la actuación de la mujer y entonces decidióse a trabajar e influir para que todos los hombres votaran.

Nuestra querida amiga doña Aida Peláez de Villa Urrutia tuvo la feliz idea de dar carta de presentación a don Claudio Cortés para el distinguido hombre público

don Juan J. Remos, representante de Cuba en Lima, quien es también un entusiasta defensor de los derechos de la mujer.

El señor Remos es actualmente Secretario de Estado en Cuba, gran orador y hombre de gran prestigio por su talento y cultura. Así es que la mujer tuvo dos dignos e inteligentes defensores de sus derechos en la Conferencia de Lima y esperamos que su actuación ha de haber influido en los demás representantes para que en toda América se le otorguen todos los derechos políticos a la mujer.

Nosotros no nos cansaremos de trabajar por este ideal, porque queremos ver a la mujer interesarse más profundamente en la vida del país, porque queremos verla interesarse en asuntos serios, porque queremos ver su influencia en todo lo que concierne a la Nación.

El hombre debe pensar que la mujer tiene talento, corazón y que estas dos poderosas palancas puestas al servicio de la humanidad serán de gran provecho para todos, pues serán fuerzas que se aprovecharán en vez de perderse.

Creemos que es ya tiempo de que el hombre reflexione y piense que es más propio y digno ver a la mujer interesarse en la vida de la Nación que en Concursos de Belleza, de atletismo, de sports, etc. etc., y

tántas otras cosas que no le reportan a la mujer ningún bien y algunas todo lo contrario, van en menoscabo de su moralidad.

Una mujer bien preparada y digna se sabrá colocar siempre en la altura que la dignifique y no le reste prestigio, en ello puede conocerse el talento de la mujer.

No vemos ningún peligro para la mujer porque tome parte en la política; no debemos olvidar que siempre ha tomado parte en ella, jamás ha permanecido indiferente, todo lo contrario, muchas veces ha demostrado con su actuación que su influencia es decisiva.

No es justo que la mujer trabaje y no reciba el premio de su labor; ese premio es el voto pues le dará valor a su actuación.

El día que la mujer vote tendrá que ser más atendida en asuntos de bien públi-

co, porque los hombres verán en cada mujer un voto que los llevará a la Presidencia de la República y a un puesto de Diputado y tendrán que atenderla como merece.

Hay una infinidad de cargos públicos que la mujer puede desempeñar igual que el hombre y en muchos casos mejor que el hombre y sin embargo, por la tontería de ciertas leyes no los desempeña, perdiendo la comunidad el contingente valioso de mujeres de gran corazón y también de gran talento.

Sirva esta manifestación para demostrar al Licenciado don Claudio Cortés y al doctor don Juanito Remos nuestro eterno agradecimiento por su labor a favor de la mujer en el Congreso de Lima.

Sara Casal Vda. de Quirós

Cristo y la Mujer

La "cuestión de la mujer" es uno de los problemas más manoseados de nuestra época: hablan de la mujer el médico, el sociólogo, el teatro, la literatura, el sacerdote, el Pontífice romano. Hablemos también nosotros.

Comencemos por dar a conocer a qué altura ha llegado la mujer con Cristo.

Para asber lo que la mujer debe a Cristo, basta mirar cuál fue la suerte de ella antes de que el Verbo se hiciera carne en las purísimas entrañas de una mujer.

Grecia antigua iba a la cabeza de la civilización de su época, y, ¡qué vida tan humillante tuvo aún en la culta sociedad griega la mujer!

Podríamos hacer una extensa exposición de la espantosa degradación moral de la mujer en ese país en el que la mayoría de sus habitantes eran esclavos, a los cuales se les prohibía, en general, el matrimonio; por eso la mayoría de las jóvenes griegas eran madres, pero no podían casarse. Y, si una esclava llegaba a casarse, su matrimonio podía disolverse a beneplácito de su dueño.

No era mejor la condición de la mujer en las altas capas sociales. El joven griego se veía enriquecido con toda la cultura espiritual de su época, mientras que las muchachas no sabían más que bailar y cantar. Esa gran diferencia espiritual impedía aquella armonía completa de los espíritus sin la cual no es posible una feliz convivencia conyugal.

¿La situación de la mujer en el matrimonio? Era desgraciada. Tenía aposentos apartados en la casa, y no podía abandonar esas dependencias consagradas a las mujeres, a no ser para ejercicios religiosos; había guardias especiales, pagadas por el esposo, para que la mujer nunca pudiera salir de casa. Cuando al marido se le antojaba el divorcio, era libre de separarse de su mujer. La mujer no podía realizar contratos de negocios, no podía comprar, no podía testar. Cuando viuda el hijo mayor era su tutor.

En los pueblos llamados bárbaros por los griegos, la condición de la mujer era, por cierto, más inferior y mucho más desgraciada.

¡Obscura, muy obscura era la noche

de la mujer en el mundo entero antes de la venida de Cristo!

A Cristo debe la mujer que el hombre se haya dignado hablarle como a una persona de igual rango.

A los escribas y doctores judíos se les prohibía hablar con una mujer, aunque ésta fuera su propia hermana. Fué Nuestro Señor Jesucristo el que rompió esa regla humillante.

Recordemos la escena en que Jesucristo platica con la Samaritana: Cuando los discípulos vuelven de la ciudad, nos dice San Juan, y encuentran al Señor hablando con la Samaritana junto al pozo de Jacob "sus discípulos extrañaban que hablase con aquella mujer..."

Recordemos, además, la hermosa parábola del Señor, en la que tantas veces se acuerda en tono cariñoso de los pesares, de los sufrimientos, de los quehaceres de la mujer.

Se cuenta de Sócrates, el gran sabio, que cuando en una reunión se empezaba a hablar de filosofía, hacía salir del cuarto a las mujeres para que no turbaran la sabiduría de los hombres; en cambio, Cristo, luz del mundo, saludaba con benevolencia a las mujeres de su auditorio, a las madres, y con ello daba a entender que ellas tienen también un alma inmortal tan valiosa como la de los hombres.

Mirémosle a Cristo, cuando resucita al hijo de la pobre viuda de Naim; ¡qué compasión debió de sentir para con aquella madre deshecha en llanto! Mirémosle cuando, bajo el fuego de las miradas escandali-

zadas de los fariseos, habla con amor a la Magdalena arrepentida, que tiene el rubor de la vergüenza en la cara; ¡qué compasión debió de sentir para con la pecadora pesadísima de sus culpas! Escuchemos a Cristo cómo confunde la soberbia de los fariseos, cuando arrastran a sus pies a la mujer pecadora para que sea apedreada; ¡con qué amor, lleno de perdón, le habla! Y mirémosle, cuando, en el último camino de su vida mortal, se arrastra cubierto de sangre, y cuando más consuelo necesitaría Él, olvidándose de su propia suerte, consuela a las mujeres que lloran. ¡Oh! ¿es necesario insistir todavía en lo que debe la mujer a Cristo, que confió el anuncio de alegría tocante a su resurrección a las mujeres que fueron a visitar la tumba?

El Cristo **místico** que sigue viviendo entre nosotros es la Iglesia la que ha seguido una obra bienhechora en favor de la mujer.

Ya en los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia aprovecha el servicio de las mujeres en todas las ramas de la caridad cristiana, y en el cuidado de los enfermos; más aún, en la Edad Media les franquea el paso a las academias.

Por lo tanto, la educación espiritual, la instrucción y elevación de la mujer, no son resultado de los tiempos del liberalismo, sino de la Edad Media católica, a la cual se le da el epíteto irónico de "obscura". Tenemos datos para demostrarlo. No lo hacemos ahora para no alargar este artículo.

Botica Nueva de Mariano Jiménez R.

Tiene a la venta los famosos productos para tocador marca LIRIOS: Vanishing Cream, Crema de Almendras, Cold Cream, Brillantina sólida y líquida, Crema de Limón, Tónico para el Cabello.

Preparados en esta Botica a base de Productos de muy Buena Calidad y Exquisitamente Perfumados

Pida muestras para que se convenza de la CALIDAD

Recordamos al público que la especialidad de esta Botica ha sido y será siempre el correcto
DESPACHO DE RECETAS, atendido por competentes profesionales en el ramo.

Tenemos datos de que, cuando un Rousseau escribía a d'Almbert que la mujer no puede tener talento, ni sentido para el arte; cuando un Kant pregonaba que a la mujer le basta saber que en el mundo existen otros universos y otras bellezas que no sean ella, ya entonces, y aun mucho antes, en el siglo XII, la Iglesia había fundado cátedras de profesoras en las Universidades de Salerno, de Bolonia y la Padua.

Jesucristo fué quien mostró por vez primera la hermosura del alma femenina, y gracias a Cristo, la mujer se hizo lo que es en la actualidad: compañera del hombre, consorte de igual jerarquía que él, reina de su hogar.

Unicamente el que pisa el suelo del cristianismo puede escribir lo que dice el conde Esteban Széchenyi "a las mujeres de alma más bella de nuestra época" (como escribe él en su prólogo): "Tanta cosa noble y hermosa que levanta a la humanidad, es obra de vuestro sexo, sois vosotras las que lleváis en los brazos el plantel de la vida y lo educáis para ser buen ciudadano; de vuestra mirada noble debe el hombre ánimo y valentía... Vosotras sois los ángeles custodios de la virtud y de la nacionalidad..."

No hace mucho, un periódico francés, publicó un certamen interesante. Propuso la solución de la siguiente pregunta: "**¿Por qué hay más hombres que mujeres en las cárceles?**"

Obtuvo premio el que dió esta respuesta: "Hay más hombres que mujeres en

la cárcel, porque hay en las iglesias más mujeres que hombres".

¡Respuesta magnífica! Pero seguimos preguntando nosotros: ¿Por qué hay en las iglesias más mujeres que hombres?... Acaso podríamos contestar de esta manera: Porque el alma de la mujer siente instintivamente **lo mucho que debe a Cristo.**

Cristo levantó a la mujer de su posición humillante; qué loco suicidio sería si la mujer abandonara la religiosidad, a la cual **todo lo debe.** Sin Cristo, la mujer no es más que un ser de segundo orden. Sin Cristo, la mujer, aun hoy, es esclava humillada. Sin Cristo, la mujer es una criatura sometida por completo al capricho del varón; un vil instrumento de sus placeres.

Examinad un poco el mundo actual, y veréis qué es la mujer que no tiene fe, que no tiene religión, que no tiene por Rey a Cristo. La mujer que no acata a Cristo por Rey, tiene por tirano la moda, la seda, la pintura, el bar, la vida frívola, la caída definitiva!... ¡Ay de aquella mujer que no tiene más que dinero y belleza! "La mujer que no cree en Dios es capaz de cualquier maldad", dice un sesudo escritor de nuestros días.

Nota.—Estos conceptos los hemos entresacado del valioso libro "**Cristo Rey**", de Monseñor Tihamer Tóth, Canónigo profesor de la Universidad de Budapest.

Este libro, como los otros del mismo autor, lo recomendamos encarecidamente a nuestros lectores. (N. de la R.)

(De "Efemérides Marianas").

Carta que nos alienta

Diciembre 10 de 1938.

Señora

Sara Casal Vda. de Quirós.

Apartado 1239.

San José. Costa Rica.

Muy distinguida señora:

Conmovido he leído su carta y las revistas que me ha mandado.

La emoción que pone usted en sus palabras tiene la virtud de captar a las almas.

El señor Vigil, a quien di a conocer su opinión, ha quedado hondamente impresionado y por mi intermedio le expresa las más efusivas gracias.

Su espontánea adhesión nos honra tanto que nunca podremos corresponder como usted se merece.

A su lado nos tendrá siempre, y nunca le faltará nuestra colaboración, que hoy le mandamos por separado en esas hojas del "Comité Cultural Argentino", que persiguen un plan de americanismo, de paz y de confraternidad real y perdurable.

La publicación de esos fragmentos en la "Revista Costarricense", que tan eminente y prestigiosamente dirige, y en todos los diarios y revistas de ese país contribuirá con gran eficacia en la "labor de acercamiento del Continente Americano", que usted propugna.

Antes de cerrar esta carta quiero que llegue a usted la felicitación del señor Vigil y la mía por sus medulares, sustanciosos, profundos y admirables trabajos aparecidos en los números 346 y 350 de la "Revista Costarricense", titulados: "Mucho cuidado deben tener las madres con sus hijos menores de 15 años" y "El misterio sexual".

En esos temas descansa precisamente la orientación de nuestra juventud. Ahí, precisamente, está el secreto que ha de decidir en el progreso y en la civilización de América.

La valentía, el acierto, la erudición, y la belleza de sus ideas son ejemplo magnífico y han de trazar rumbos en todas las almas desorientadas que hayan tenido la oportunidad de leer sus trabajos.

En nosotros ha dejado usted huellas indelebles y los aliados más fervientes de su obra humana, elevada y dignísima.

Lealmente esperamos sus órdenes con toda simpatía.

F. R. Torralba,

Secretario de la Editorial Atlántida de Buenos Aires.

(Editora de "Para Tí")

Lecciones Eucarísticas

Jesús nos llama al pie de su sagrario.

Cuando un maestro convoca a sus discípulos es para instruirlos. El Maestro di vino quiere también enseñarnos, y he aquí las principales lecciones que desde su sagrario nos da.

LECCION DE PAZ

Nosotros, los hombres febriles y agitados de la vida moderna, tenemos necesidad de calmarnos. El apóstol más activo, si quiere hacer algo serio y sobrenatural, debe vivir más en su interior que al exterior, y en medio de las ocupaciones más absorbentes debe tener cuidado de evadirse a cada momento del tráfigo de los negocios para sumergirse en la zona serena de la vida interior. Cualesquiera que sean las agitaciones de la superficie, las capas profundas deben estar siempre en calma.

¿Y dónde rehacernos y calmarnos?

—En la iglesia. Allí es donde se calman todas las agitaciones.

Jesús es pacificante...

En unión con su Padre, lleva a cabo, incansablemente, la obra por excelencia de la santificación de las almas: "Mi Padre obra hasta el presente y Yo también obro (1)". Pero nadie realiza una obra tan grande con tan poco ruido.

Jesús me enseña la actividad tranquila. Su iglesia es la casa del silencio.

En el centro de las ciudades nerviosas, donde todos los hombres se agitan como autómatas movidos por hilos invisibles, donde pasan a gran velocidad los autos y camiones, donde los joyeros hacen cintilar en los aparadores las luces de sus brillantes, donde la atención se ve atraída en todas direcciones por los anuncios luminosos, por los cartelones llamativos de los teatros; de pronto aparece una iglesia...

Entremos. ¡Qué contraste! Una semclaridad discreta... un silencio que invita al recogimiento... una calma acogedora...

Aquí la fiebre expira en la paz de la oración.

El alma se encuentra delante de Dios que gusta de conducir a la soledad para hablar al corazón.

El mundo es vértigo y ruido. El buen Dios ama la paz.

Todos tenemos una expresión preferida que traduce nuestro pensamiento dominante. La palabra preferida de Jesús era ésta: PAX. Contemos, si no, todas las veces que esta palabra se repite en el Evangelio.

Pax! ¡la paz! era su manera propia de saludar, su mejor deseo, su promesa. "Os dejo mi paz, os doy mi paz... (2)". El Jesús del sagrario es ciertamente el mismo Cristo que hablaba de esta manera. Ahora como entonces quiere pacificar a los pobres agitados y les ofrece el dón de los dones, ¡la paz!

—::—

LECCION DE PACIENCIA

Uno de los principales obstáculos a esta paz es la impaciencia. Nos irritamos contra los acontecimientos, contra las personas o las cosas que nos contrarían.

La vida cristiana es una prolongada paciencia.

Porque en fin, dispongamos todo lo mejor que sea posible, corramos por aquí y por acá, encontraremos siempre, a despe-

cho de todos los cálculos, muchas contrariedades.

Cuando hay que tratar con hombres, la primera y la más indispensable virtud, ¿no será la paciencia? ¡Qué necesaria es con los malos! ¡Cuánta se necesita también con los buenos y hasta con los mejores!

Jesús en el sagrario es modelo perfecto de la paciencia.

Desde hace veinte siglos que sufre ultrajes, olvidos, indelicadezas... y suspira: "¡Si conocieras el don de Dios (3)!"

A la generosidad divina responde la grosería humana.

Dios podría cansarse de permanecer en el sagrario. Y sin embargo, las soporta con mansedumbre.

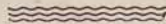
"He aquí al Cordero de Dios", dice el sacerdote cada vez que muestra la Hostia, antes de la comunión de los fieles. "¡Sí, verdaderamente es el Cordero de Dios (4)!"

¡Dios paciente, hazme paciente!

Toda cólera debe desvanecerse ante la Hostia dulcísima.

Recordemos la original respuesta del comandante Marceau a sus marineros, admirados de la devoción eucarística de su jefe: "¡Es por vuestro propio interés! ¡Tengo un carácter tan violento, que sin eso ya os hubiera arrojado a todos al mar!"

Continuará.



Educando a los niños

El principal factor de la autoridad es este: autoridad, autoridad, autoridad, siempre autoridad

Y pues conviene reducir todos los preceptos, a ser posible, a alguna unidad; he aquí la que a mí me parece principio fundamental de la educación de los hijos y centro de todos los consejos que sobre ella pueden darse. Sepan los padres lo que es autoridad y entonces sabrán el más importante de los deberes y de los medios que Dios ha puesto en sus manos para sacar hombres o mujeres de los que han aparecido niños y niñas en su hogar. Pues bien.

¿Qué es autoridad?

Es la facultad moral que tienen el padre y la madre de mandar a sus hijos eficazmente lo que los conduzca al fin para que han nacido.

En esta definición se encierra todo el tratado acerca del modo de educar a los hijos.

Todos los defectos de los padres, a mi parecer, dependen de que, al menos en

la práctica, no tienen el debido concepto de la autoridad, y por esto confunden y substituyen la autoridad verdadera con otras cosas que parecen autoridad y están muy lejos de serlo. Y me atrevería a decir que

Todas las faltas de los padres se reducen a estas dos: Mandar lo que no deben mandar y no mandar lo que deben mandar.

No ejercer autoridad para los que tienen autoridad, y ejercerla para los que no tienen autoridad. He ahí el principio supremo que explica toda la mala o la buena educación. Pero como esto así es algo obscuro y englobado, vamos a explicarlo por si da luz a alguno de los padres para educar convenientemente a sus hijos, que será dar luz a los maestros y a todos los que de cualquier modo tengan que educar o dirigir o gobernar a los hombres.

De la definición se deduce que

La autoridad debe ser razonable y prudente,

es decir, que el padre nunca debe mandar nada que no sea razonable, justo, conveniente, prudente; ni autorizar nada que no lo sea. Porque lo inconveniente, lo irracional, nadie puede mandarlo. Esta observación que a primera vista nada significa, desmenuzada verá usted cuánto encierra.

Si ha de mandar con prudencia y ejercer su autoridad con conveniencia, preciso será que el padre medite y reflexione y estudie, en general, lo que ha de mandar a cada uno de sus hijos y en cada período de sus edades.

Unos de los más grandes defectos de los padres

que no estudian nada, ni piensan, ni reflexionan apenas sobre lo que mandan a sus hijos. Tienen, sí, una persuasión general de lo que deben mandar; pero suele ser un pensar vago, sin precisión, sin empeño.

Pero con fundamento y determinación no estudian nada, ni leen, ni se enteran; y la mayor parte de los padres sabe tal vez y

estudia más sobre cualquier otro asunto que nada les interesa que sobre educación. Seguirá todos los cambios de la política, conocerá las compañías de teatro, entenderá los agios más enredados de la bolsa, quizás disertará más eruditamente acerca de remolachas, de azucareras, de papeleras y aun de toros y toreros que sobre educación de los hijos.

En cuanto a las madres, de seguro que se enteran mucho más de figurines y de telas de modas y de lazos que de educación.

Si leyesen sobre esto y estudiaran la mitad de lo que inútilmente leen en periódicos y novelas, sabrían de otro modo educar a sus hijos.

Ni basta el estudio en general sobre la educación.

Además, debe estudiar el padre en particular, el modo de educar a cada uno de sus hijos conveniente y prudentemente, y para ello considerar y examinar el carácter y diversas inclinaciones de sus niños desde la infancia.

¿Quién de ustedes lo hace? ¿quién examina de este modo el carácter de sus hijos y lleva cuenta de lo que desea y no debe desear, de lo que esquivo y no debe esquivar, de las cualidades que tiene, de lo que le sobra, de lo que le falta, de lo que dará buen resultado en su carácter, de lo que dará más resultado, de todas las entradas y salidas de su genio, de los modos de doblegar su voluntad, de premiarle, de cartigarle, de convencerle y persuadirle?

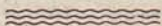
¡A que toman ustedes cien veces más notas sobre sus bienes materiales que sobre sus hijos!

Porque no a todos los niños se les puede tratar del mismo modo ni todos los tiempos son a propósito para los mismos procedimientos, ni todas las edades son aptas para las mismas cosas.

Y si la autoridad ha de ser razonable, conveniente y prudente, debe estudiar sin duda ninguna mucho y reflexionar y atender a todo lo que son y hacen los hijos, para ir poco a poco con su autoridad destruyendo todo lo malo que haya en ellos y fomentando lo bueno.

Tenéis un jardinero para vuestro parque, el cual primero estudia la horticultura en general y luego en particular la calidad del jardín que se le encomienda, la clase de tierra y los abonos que requiere, y las plantas que produce, las malezas que engendra, el riego que necesita... y luego exa-

mina todos los días las yerbas malas que brotan y las plantas escogidas que crecen. Y todos los días con suma paciencia va extirpando toda cizaña y forraje, perdonando únicamente las plantas que adornan y embellecen el parque.



San Francisco y la sociedad actual

El mes de Octubre recuerda una de las más eximias figuras del catolicismo cuya grandeza moral no envejece en la memoria de los pueblos. Este es Francisco de Asís. Más de siete centurias han transcurrido desde su tránsito al reino de la inmortalidad, y no obstante, los hechos de su vida, actuación en la iglesia y su espíritu viven llenos de vitalidad en la historia, en la literatura, en el arte y sobre todo en las costumbres de las gentes. ¿Cómo explicar esto? Por su entronque con el Evangelio; porque su ideología, sus virtudes y su actividad estuvieron entera y profundamente enmarcadas en la vida evangélica.

Esta es la razón que nos permite sin esfuerzo aplicar su apostolado a las necesidades actuales.

Hoy, como entonces, podía aparecer Francisco en nuestro ambiente social predicando la paz a los pueblos. Aquel hecho de su vida, en que se refiere en el áureo libro de las Florecillas, que amansó al lobo de Gubia que causaba grandes estragos entre sus habitantes, y conduciéndolos a la plaza de la ciudad, celebró un pacto por el que se obligaba la fiera a deponer sus aviesos instintos a cambio de recibir de sus moradores el alimento diario, símbolo del apostolado del Asisiense en aquella sociedad dividida por inveterados odios, es de actualidad, si comparamos el estado social presente con el del siglo trece.

Si el lobo que amansó el siervo de Cristo es figura del hombre gobernado por sus instintos, que se convierte en lobo en sus relaciones con sus semejantes, ¿quién al contemplar actualmente en el orden social económico y político, el predominio del

más descarado egoísmo sobre el bien común, el sistemático menosprecio de las leyes de la justicia por el entronizamiento de los intereses particulares y nacionales, el total olvido de aquella suprema ley de la mutua caridad, reguladora de las relaciones individuales y sociales predicada por el Maestro celestial, al decir: amaos los unos a los otros no descubre aquel lobo, que amansado entonces por la predicación de Francisco, ha recuperado su pristina fiera, merced al olvido de sus enseñanzas, y en sus garras y con sus colmillos ensangrienta los pueblos e intenta convertir al mundo en campo de luchas fratricidas cuya última consecuencia es la ruina y destrucción de los valores de la civilización y adelantos cristianos?

Por eso la remembranza del apostolado del Heraldo de Cristo en nuestra sociedad invita a meditar los medios conducentes a la curación de los gravísimos males que nos afligen.

Contra los odios que conmueven a las masas populares y que, airadas, las agitan y las impelen a la destrucción del actual orden de cosas con sus ventajas e injusticias, más que leyes represivas y multiplicación de fuerzas armadas que las contengan, hace falta aquel espíritu de universal fraternidad evangélica de Francisco que supo triunfar sin estridencias de los grandes y de los pequeños, los nobles y plebeyos, de los ricos y de los pobres, aglutinándolos con fuerza de lo alto en el banquete del amor divino.

La recuperación de la paz social no se obtiene con huera predicaciones y promesas de falsos redentores; tampoco el tópico

tan manido de las libertades individuales y de los derechos del hombre tiene eficacia para reintegrar a su cauce natural de orden, de paz y progreso las actividades humanas; menos aun se consigue dicho fin, invocando el laicismo como signo de independencia de lo divino y obtención de una libertad, panacea de todas las enfermedades morales que nos aquejan, pues a la medida que el hombre rechaza el yugo de la fe y la ordenación de los actos de su vida a un supremo fin supraterráneo, rotas las vallas que regulan sus pensamientos y sus obras, se elevan a la última potencia los instintos de lobo que anidan en la reconditez de su corazón.

Francisco, despreciando las riquezas y abrazado de buen grado a todos los renunciamentos, va de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad predicando el reino de Dios, no con falsos prometimientos que exciten las pasiones populares, sino que, centrandolo a la criatura racional en el plan establecido por la divina Providencia, anuncia a todos el código de sus deberes, su origen celestial, la igualdad de su naturaleza, la consecución del mismo último fin, proclamando según la fe y la recta razón,

la fraternidad universal que, enlazando íntimamente a todos los pueblos de la tierra derrama sobre todos los miembros de la gran familia humana los beneficios, consue-los y ayudas de la sociabilidad y la paz y armonía de la tranquilidad del orden.

He aquí la justa solución el problema social del momento presente. Si los prejuicios de la humanidad no levantasen barrera infranqueable a las enseñanzas del Adalid de Cristo para rendir a los pies de éste a todos los pueblos, sería fácil la curación de las heridas que sangran, y restañadas éstas, vislumbraríamos un mundo mejor, la paz de Cristo en el reino de Cristo, sería un acontecimiento prometedor de días claros y llenos de bienandanza.

Esto está reconocido por el portea-tandarte del soviétismo, Lenin, protagonista principal del sangriento drama que se está desarrollando en todas las naciones. Este gran tirano, próximo a la muerte, hizo la siguiente confesión a uno de sus íntimos: "Yo quería el bien del pueblo; veo que hay que procurarlo en otra forma. Lo que hace falta a Rusia son diez Francisco de Asís".

Fr. Juan Meseguer

(De 'Acción Católica', Managua).

Fanatismo es intolerancia

A la palabra "fanatismo" se le ha pretendido dar una significación absolutamente errada y por lo mismo absolutamente distinta de lo que es en realidad, y con ella se designa únicamente a los católicos que creen como se lo manda su fe, todas las verdades de la religión.

Y resulta precisamente lo contrario porque fanático es el individuo apasionado que no respeta las ideas ajenas y que no acepta más razón que la suya; fanático es el comunista que atropella, golpea y mata a quienes no piensan como él; que siente odio por las ideas contrarias, que se siente dueño de las calles y plazas y ataca las manifestaciones destinadas a propagar otras ideas; fanático es el izquierdista que trata de impedir una marcha de antorchas con el

critério de que quienes participan en ella tienen ideas contrarias a las suyas; fanático es el conservador que impide que un orador contrario a sus ideas pronuncie una conferencia en su pueblo porque éste es de mayoría conservadora; fanático es el liberal que ataca a los conservadores para que éstos se amedrenten y no salgan a votar o injuria de cualquiera manera a sus adversarios políticos sin que haya mediado ofensa ninguna; fanático es el incrédulo que se encoleriza porque el creyente practica su religión; fanático es cualquier individuo que se siente ofendido ante la presencia de otro que no comparte sus conceptos.

Pero resulta que ahora se tilda de fanático a quien cumple los preceptos de la Iglesia; se le dice fanático al que va a

sa, al que reza el rosario, al que cumple sus deberes de católico y como ya lo dijimos son más fanáticos los que dan el calificativo porque demuestran su intolerancia.

En efecto, los católicos son precisamente los menos fanáticos, ya que la doctrina católica se funda en la caridad, en el amor al prójimo, en el respeto al derecho y en la condenación de la violencia como sistema de propaganda a las ideas.

Nosotros, divulgamos nuestra doctrina con los mismos métodos que el mismo Jesu cristo enseñó, y nos abstenemos de hacerlo con los sistemas que El condenó, porque confiamos en la fuerza de la misma doctrina y sabemos que cuando el apostolado se ejerce de esta manera, el triunfo no se hace esperar.

Los apóstoles predicaron el Evangelio sin necesidad de recurrir a la violencia, impusieron su doctrina en el mundo sin que jamás hubieran perseguido ni a quienes los persiguieron a ellos, y sin que hubieran correspondido con los métodos de sus enemigos; siempre devolvieron bien por mal, se dejaron martirizar y de sus labios sólo salieron voces de perdón para sus verdugos; así logran difundir la doctrina de Cristo en todo el Universo.

Sin embargo a quienes por ser sucesores de ellos por la tradición de esa doctrina procedemos de igual manera, se nos califica de fanáticos.

Error de interpretación, error de gramática y pura ignorancia.

(Del " Bien Social", Bogotá).

El hombre más popular de España: el General Queipo del Llano

En términos generales la actual guerra civil de España se caracteriza por la lucha de los elementos de orden de la península, acompañados por la más honda y sincera simpatía de los elementos de orden del mundo entero, contra los sin-patria, los sin-Dios y quién sabe si las sansculottes de las más bajas clases sociales españolas apoyadas con dinero y enardecidas por la propaganda de Moscú. Es el patriotismo español, luchando contra el oro ruso. Son los descendientes de las nobilísimas huestes del Cid Campeador, ofreciendo sus pechos como baluarte inexpugnable a las disolventes y exóticas ideas con que el barbarismo del siglo XX intentaba invadir España.

Lógicamente ese ejército, precisamente porque es patriota, porque lucha por la causa del orden y no aspira sino al bienestar y la felicidad verdadera del pueblo español, es cristiano y está comandado por generales cristianos. Por supuesto que Franco es sin disputa el mayor, el que mayores glorias ha conquistado demostrándose como gran estratega, como táctico y gran esta-

disto; pero el más popular, el que se ha llevado la palma en el corazón del pueblo desde el principio de la campaña hasta la hora presente, es Queipo del Llano.

Es el General de la España anti-comunista y el más popular en el sentido de más conocido, más familiarmente casero entre el pueblo todo y más particularmente aún, entre los niños. Queipo del Llano, imitando a Nuestro Señor Jesucristo ha dicho: "Dejad que los niños vengan a Mí", y los niños españoles lo adoran y seguramente, por gratitud muy comprensible, lo aman también las madres de esos niños.

Su carácter llano, afable, de desinterés absoluto y de profundo y sincero cariño por los humildes, lo convirtió desde el principio de la revolución en el hombre más querido de Sevilla.

Por suscripción pública se reunieron más de dos millones de pesetas, obsequio de Andalucía agradecida, y el General Queipo del Llano, los empleó en comprar un gran fundo que subdividió en parcelas que entregó a los labradores pobres. ¡Gran

medida cristiana y gran medida política!
¡Ese hombre sabe lo que hace!

Para la fiesta onomástica última, le regalaron 300,000 pesetas que invirtió en obsequiar con dinero, comida, juguetes y dulces a 24.000 niños, a los cuales les dió además algunas lecciones sobre el verdadero patriotismo.

"Justicia de Dios es lo que os ha de servir de base para alcanzar honradamente las que serán vuestras aspiraciones de hombres". "Sed buenos y amantes de Dios y El, os lo dará todo: temed su justa cólera si os apartáis del bien". "Hoy es uno de los días más felices de mi vida, al ver como esta mañana me encontré rodeado, de niños como aquellos que rodeaban a Nuestro Señor Jesucristo que tanto gustaba verlos cerca de Si".

Aparte de todo esto, a su iniciativa se deben más de diez mil (10.000) casas baratas que ha hecho construir para gente obrera modesta y él mismo en persona acude a la inauguración de los barrios a medida que van siendo repartidas entre los afortunados nuevos locatarios.

No olvidemos que sus charlas por radio, en los primeros días del movimiento reparador, inyecciones de energías, estímu-

lo y aliento incomparables con que vigorizaba al pueblo español y decidía la resolución de los débiles y tímidos.

¿Cuántos héroes se deberán a estas charlas por radio de Queipo del Llano?

Enardecidos por su palabra; exaltados por las noticias de las victorias que iban obteniendo día por día las huestes de la patria, cientos, miles de rentistas, empleados y obreros dejaron sus oficinas y talleres y se lanzaron a la lucha no solo dispuestos a morir, sino mejor a vencer. Vencieron y fueron héroes.

Este hombre fué el que el día del primer estallido de la revolución en Madrid, tuvo la audacia de presentarse solo, en un cuartel de Sevilla y con los primeros cuatro hombres que se le adhirieron, dominó a la guardia civil y se hizo dueño de la guarnición y de la ciudad; imponiéndose a más de 50.000 comunistas armados.

¡Grande hombre Queipo del Llano! Buen General y mejor cristiano. Esta clase de gente es la que hace falta en estos tiempos de reversión del papel que a cada uno le corresponde en el concierto social.

J. H.

(De "Efemérides Marianas", Santiago de Chile)

La Madre Celestial

Alborozo de la naturaleza, fiesta que danza en el aire y llena el alma de fragancias de bondad, de anhelos por lo bello, de ternura y de admiración hacia aquella que sublimizó la maternidad y enseñó con el ejemplo, a las mujeres de todos los tiempos, de todas las edades y de todas las civilizaciones en dónde se halla la verdadera grandeza del amor maternal.

Vida llena de angustias, de zozobras y de inquietudes fué la de María, la modesta hija de Nazaret; vida amasada a fuerza de trabajos y de sacrificios, que ella sobrellevó, tranquila y resignada, con la sonrisa hecha luz en los ojos y en los labios, posando sus manos blancas y suaves, como

formadas de miel y de pétalos de jazmines sobre la cabeza adorada del hijo que crecía, "crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres", en tanto que con la ingratitud y la incomprensión de éstos, se tejía la corona de espinas que, andando los años, haría sangrar la cabeza del inocente, ungida de calma, de resignación y de dulce mansedumbre.

Grande fué el amor de María en la sencillez de la vida hogareña, grande en los momentos de persecución y de peligro, grande en la inmensidad del sacrificio, grande en los momentos de persecución y de peligro, grande en la inmensidad del sacrificio, grande en la desesperación del dolor.

NOVELA

(Continúa)

pitán de artillería que pasó con ella la tormenta bajo la arcada del puente sobre el Leza.

Mariquita parece haber recobrado de golpe toda su corrección. Ya no tiene ganas de hacer diabluras.

—La misma, capitán. ¿Cómo está usted? ¿Llegó muy tarde a Logroño?

Y le alarga su mano de alabastro que huele a jazmines y que el barón de Sorrosal estrecha en cordial apretón.

—Encantado de encontrarla a usted en esta casa, señorita. Sí, llegué a Logroño bastante tarde, efectivamente.

—Por mi culpa...—insinúa, con sonrisa seductora.

—No me dolería volver a repetir la experiencia.

—Es usted muy amable.

—No es mérito serlo con una muchacha tan encantadora...

Mariquita recibe el cumplido heroicamente. Se le sube el pavo. Teme que Quiqui Sorrosal se esté burlando de ella... ¡vaya un pájaro! Este no es un muchacho inexperto y vehemente como Ernesto Villanueva, sino un mundano curtido en todos los torneos de la galantería. Seguramente, que ella, Mariquita, le esté pareciendo una chiquilla tonta, ignorante de los usos sociales y cohibida además por su falta de trato con hombres. Su suspicacia parece advertir una ligera sombra de burla en los ojos viclados del artillero. Con su bonita mano blanca, alisa tenazmente los pliegues de su vestido verde, martirizando la tela. En esto, cruzando la sala, acude Rosalía que empieza las presentaciones con todo el ceremonial. Cuando le llega la vez a Mariquita, ella escucha sorprendida el nombre que se le da por primera vez y que sin embargo es el suyo, el que heredó de su padre como única hija.

—Mi sobrina y ahijada, la condesa de Monleón.

—La señorita y yo, tuvimos ya el gusto de conocernos el otro día...

Quiqui se inclina correctísimo.

La madrina se vuelve, interrogando a Mariquita con su mirada.

—Sí, tía; el señor es el que nos acompañó durante la tormenta la otra tarde. ¿No te lo dije?

—Sí, claro. ¡Con que eras tú, Quiqui! ¿Cómo habías de sospechar que erais parientes?; porque, Mariquita como yo, es una Alvarez de Ahumada y nuestro parentesco contigo es indiscutible.

—Y tan indiscutible. ¿Conque... primos? Pues no sabes lo que me alegro, Mariquita—declara campechanamente Quiqui.—Es un hecho que la sangre tira. Yo procuraba explicarme con mil razones, el motivo de la súbita simpatía que me inspiraste en el momento mismo de encontrarnos en la carretera. ¡Y era el parentesco!

Mariquita parecía desencantada. Le hubiera gustado más que esa simpatía hubiese sido producida por cualquiera otra causa más halagadora para ella, que este lejano parentesco que un galgo no alcanza; pero aun se desencanta más cuando la madrina, siguiendo con la vista a Quiqui que sale a reunirse con Pedro, opina con aire convencido:

—¿Verdad que es muy simpático? ¡Y tú pareces haberle caído muy en gracia!, lo cual no me sorprende: tú eres una chiquilla muy salada y a él siempre le han gustado mucho los niños...

¡Pero, señor! ¡Qué empeño tiene tía Rosalía en convercerla de que es una chiquilla! Sin embargo, ella sabe que es una mujer, una mujercita que ha sido amada y que a estas horas podría, de querer ella, ser casada. Se lo ha dicho el espejo al mirarse después de vestida para el almuerzo, y se lo están diciendo las miradas aprobatorias de los hombres que hay

en la sala. A una niña nadie la mira así. Únicamente Quiqui, obedeciendo tal vez a sus predilecciones por las mujeres en sazón la considera como una criatura. ¡Está bien!

El instinto de lucha vuelve a enseñorearse de ella.

* * *

Rosalía Olmedilla tiene ese tacto exquisito de las verdaderas amas de casa, que consiste en eclipsarse para dejar brillar a sus invitadas. Su talento natural y su práctica mundana le dan al mismo tiempo el don de una frase oportuna cuando conviene. Sabe como nadie encauzar la conversación hacia los derrotados que agradan y no hieren sentimientos de nadie y así, todo en torno de ella es amable y fácil. Estas cualidades, unidas a su intachable corrección y a la selección escrupulosa que sabe verificar con acierto diplomático único entre la gente que solicita ser admitida en sus salones, ha reunido a su alrededor un núcleo de amistades principales que son la envidia de muchas mujeres de su mismo mundo. Todo este mundo sabe que en casa de Rosalía Olmedilla no es tan fácil introducirse.

En este almuerzo de hoy, como en todas sus comidas, hay una amable sencillez muy elegante que se auna maravillosamente con la más exigente corrección. La mesa, adornada de madre selvas, está impecablemente servida por los diestros criados; el servicio de porcelana transparente, con delicadas florecillas de almendro, es frágil y simple como conviene a un almuerzo en una casa de campo. Sobre el mantel azul celeste se entrelazan bordadas con primor las mismas ramas floridas que adornan la vajilla. La lista de platos es poco complicada y al sabor español y regional se une lo sano y lo abundante. El "chef" ha realizado primores para acercarse todo lo posible a una simplicidad primitiva: esto es una demostración de arte que no escapa a la observación de los invitados.

La señora de Cepeda, regordeta, joven aun, rubia como una de sus hijas, habla de la fiesta de caridad que prepara el cura de Camero para la cual solicita el concurso de sus hijas. Mariquita piensa que como son tan sosas no

van a vender nada en los puestos que les han destinado. Ahora mismo, en la mesa, su corrección críspa los nervios de Mariquita. El infeliz del secretario se deshace como la espuma bajo la mirada glacial de Clotilde (la rubia) sin conseguir conmoverla lo más mínimo pese a los apasionados madrigales que le está recitando; porque Mariquita pondría la mano en el fuego a que le hace la corte. Desde luego no es la primera vez que se ven; a ella no se la pegan. Y es muy posible que tía Rosalía las haya invitado el mismo día con toda intención, para que coincidan. Por su parte. Quiqui, atiende cortésmente a Guadalupe que está a su lado, pero no parece entusiasmarse demasiado, pues no deja de tomar parte en la conversación general. A Mariquita la atiende el gobernador con paternal solicitud. La chiquilla se ha forrado de circunspección y de prudencia; tía Rosalía está encantada de su compostura; sabe que la muchacha está muy bien educada, pero, la verdad, no esperaba tanto. Lo primero que ha hecho al sentarse a la mesa ha sido prenderse un ramito de madre selvas en el escote, junto al hombro casi; después se ha dedicado a comer y callar, escuchando discretamente la conversación general.

—¿Saben ustedes que ya han comprado la hacienda la Lobera?—dice la señora de Cepeda, mientras se sirve el pescado.

—Sí, ayer me di cuenta de que habían quitado el cartelón. Pasé por allí, cazando. Estaba tan acostumbrado a leer el letrero: "Se vende esta finca; darán razón en el pabellón del guarda y en Logroño, calle Mayor, Comercio de Antigüedades de Bonato e Hijos", que me paré y todo para mirar el sitio donde estaba clavada la tablilla. Hasta pensé si se la habría llevado el viento. Como anteanoche hizo tan fuerte ventolera...

El marqués de Olmedilla dice esto, mientras pela escrupulosamente sus langostinos, mientras el "Paternina" y el "Sauternes" cae con su rumorcillo musical en las copas color escarlata.

—Yo lo supe ayer por el notario, que estuvo con su señora a visitarnos.

—¿Y cómo está doña Candelaria de su reuma?—se interesa Rosalía.

—La vi muy bien.

—Eso va a días.

—Este invierno pasado estuvo muy mal. Llegaron a tenerla que llevar por casa con sillón de ruedas—aclara la de Cepeda.

—Es lástima, pobrecilla, tan simpática...—se lamenta la marquesa.

Rosalía Olmedilla es una de estas personas que no encuentra nunca defectos a nadie, que no critica a nadie, que siempre echa mano de cualquier excusa para atenuar los defectos ajenos.

—¿Y no sabe usted quien ha adquirido La Lobera?—pregunta la gobernadora, con matiz de curiosidad.

—Sí, lo dijo el notario. Un matrimonio joven... es decir, relativamente joven. El marido será hombre de algunos cuarenta años. Gente de la banca. Han pagado el gusto y el deseo, pero parece ser que en otros tiempos fué de su familia la finca y no han reparado con tal de poderla adquirir.

—¿De su familia dice usted?

Es el secretario quien habla; es logroñés, conoce a toda la provincia, sabe la historia antigua y moderna de toda la gente principal y aun de la mediana de Logroño y sus aledaños en muchísimas leguas a la redonda.

—La Lobera—sigue diciendo el secretario—si o no recuerdo mal, era del general Andrade hace muchos años, cuando mi padre era soltero. Recuerdo haberle oído decir que cazaba mucho con el general...

—¡Calle! Tiene usted razón... si yo mismo he cazado también en La Lobera con don Federico Andrade—afirma Pedro.—Como si lo viese ahora: un hombretón fornido, colorado, lleno de salud. Si no hubiese sido porque tenía el pelo muy cano, se le habría tomado por un muchacho. Matáronle el año nueve en el trajín aquel de Marruecos. ¡Pobre general!

—Bueno, eso es. Así—dijo el notario,—que el pariente de estos señores que han comprado ahora la finca, testó a favor de sus sobrinos. Al que le tocó La Lobera no hizo grande aprecio de ella, o quizá necesitaba más el dinero que

las tierras y seguramente por eso la puso en venta—aclaró la de Cepeda.

—¿Y no recuerda usted el nombre del comprador?

—No sé... no puse mayor atención... ¿No haces tú memoria, Clotilde?

Clotilde necesitó un buen rato para contestar con toda dignidad:

—Sí, mamá; me parece que le llamó Angosto; Carlos Angosto.

—¡Sí, hombre, eso es! ¡Carlos Angosto!—afirma Pedro.—Angosto y Andrade; sobrino del general. Es un muchacho rico. Le conozco de habérmelo encontrado en cincuenta mil sitios. Sobre todo en Londres, nos hemos juntado muchas veces en el mismo club.

—No le conozco—afirma el gobernador.

—Ni yo—dice Rosalía.

—Yo, sí—declara Quiqui, que hasta entonces no ha intervenido en la conversación.—También le conozco como Pedro, por habérmelo tropezado en todas partes, sobre todo en las carreras. Juega fuerte. El año pasado, cuando presenté yo mi yegua "Afrodita" y ganó la copa, perdió una porrada por apostar en contra. Después, quería comprarme la yegua.

—¿No se la vendiste?—se inquietó Pedro.

—No: se la regalé a mi primo el duque de Monroy para sus cuadras. Y creo que ha tenido una potranca que ha de ser mejor que ella. Jorge está prendado de la madre y de la hija.

—De manera que vamos a tener nuevos vecinos—insinúa con amable complacencia Rosalía.

—Sí. Van a instalarse en cuanto terminen ciertas ligeras reparaciones.

—Será cosa de ir a visitarles, Pedro.

Rosalía es una mujer que cumple el código social al pie de la letra; a nadie puede extrañar, de consiguiente, que piense visitar a sus nuevos vecinos, pero, con todo, a la perspicaz Mariquita no se le va por alto el repentino ceño que aproxima las cejas bien dibujadas de Quiqui Sorrosal. Por dos o tres veces advierte que abre la boca para hablar y vuelve a cerrarla sin atreverse a decir lo que piensa. Por

fin su conciencia y su franqueza le impulsan a decir discretamente:

—Yo de tí no tendría mucha prisa en visitar a Lola Angosto, Rosalía.

Todos levantan los ojos un poco sorprendidos.

—¡Ah! ¿Tu la conoces?—interroga Rosalía.

¿Y a qué mujer de la alta sociedad no conocerá este demontre de Quiqui que fué durante su primera juventud un tenorio incorregible? ¿Será capaz de haber sido su novio "in illo tempore", como lo fué de la de Quintas, una nueva rica que después se casó con Quinito Ponce, comprando con sus alegas un título de vizcondesa? ¿O habrá tenido con ella algún "flirt" luego de casada? ¡Era tan atolondrado y tan cabeza loca este bueno de Quiqui!

—¿Yo?... ¡La conoce todo Madrid! Y tú también tienes que recordarla, y estos señores es fácil que también. ¡Si fué una aventura sensacional! ¿No recuerdan ustedes aquella muchacha que estando bañándose en la Concha de San Sebastián se largó con el novio en "maillot", y apareció en una barca como un perro mojado en una arenosa ensenada de la Costa de los Vascos? La familia puso en movimiento a toda la policía internacional; como que la creían muerta. Y cuando los encontraron fué tan formidable el escándalo que se armó que hubo que casarlos a escape.

—¿Conque esa es...?—dice la gobernadora lentamente, con su mesura de señora mayor.

—Vaya que me acuerdo, ahora que usted nos ha refrescado la memoria, capitán: ya lo creo.

—A mí también parece que me suena—apoya la de Cepeda.

—Entonces, Rosalía, no hay que pensar en adquirir esa amistad—insinúa suave, pero decidido, el marqués.

—No, no. De ninguna manera—corroboró Rosalía.

—Ustedes perdonarán—se excusó Quiqui, con su sonrisa atractiva y una inconsciente expresión de súplica en la mirada de sus magníficos ojos de un color entre pardo, azul y violeta.—No parece muy correcto, ni muy caritativo lo que acabo de hacer; mas hubiera sido peor dar lugar a que la marquesa y la señora

de Cepeda, con sus hijas, fuesen a visitar a una mujer a quien todo el mundo dió de lado desde... aquélla. No es de las amistades deseables para señoritas, ni aun para mujeres cuidadosas de su reputación... Excúsenme ustedes. Ordinariamente no soy de los que despellejan a nadie, pero...

—No, no se excuse usted, barón. ¡Si le estamos infinitamente agradecidas!—afirma sinceramente la señora de Cepeda.

Aquí concluye el incidente, derivando la charla hábilmente desviada por la dueña de la casa, hacia otros derroteros. Nadie se preocupó de mirar a Mariquita Monleón, pero su rosada y graciosa carita había adquirido la blancura del nardo. Conque, ¿ella había estado a dos pasos de ser mirada como un reptil, como cosaapestante, como piedra de escándalo? ¡Qué intransigente parecía también Quiqui en materias de honor! ¡Qué falsas y retorcidas para su provecho encontraba ahora las opiniones de Ernesto Villanueva cuando trataba de inducirle a huir con él! No, no tenía el mundo la manga tan ancha como a ella le decían; hasta en el sector más elástico de esa alta sociedad a que ella misma pertenecía por su cuna, la gente de más abierto criterio moral perdonaba pero no olvidaba. Seguramente recibirían a la señora de Carlos Angosto, pero sin dejar de recordar ofensiva y viviente la historia que le diera celebridad de escándalo. Nunca podría moverse en el centro selecto de la verdadera aristocracia donde no se recusa a los humildes, pero sí a los manchados. ¡Ay, qué ignorante y qué estúpida, y qué infeliz fué ella misma al dar crédito a las apreciaciones locas ya que no malintencionadas de Villanueva! Menos mal que no lo había sabido nadie.

Todo su espíritu de lucha, parece haberse calmado al sentir el peso de estas reflexiones y así se levanta de la mesa y va al salón del brazo de Clotilde y de Guadalupe Cepeda, mientras los caballeros fuman en el gabinete cercano. Y aun cuando el mayordomo sirve el café y le toca a ella el turno de servir los licotes a los hombres, está tan acaparrada y tan mansita, que Quiqui no puede menos de preguntarle extrañado:

—¿Qué te pasa, Mariquita? ¿Es que te aburres?

Decididamente la considera como una criatura, eso es. Aun puede que piense que debieron haberla enviado a comer con miss Jetta y los chiquillos al otro comedor. ¿Qué le encontrará al ave fría de Guadalupe para estar tan amartelado con ella? ¡Criatura más sosa! Con una ironía que Quiqui advierte, pero que no se explica en absoluto, la chiquilla dice:

—Claro... ¿qué quieres que hagamos las niñas como yo, en un almuerzo de personas serias?

Quédase mirándola a los ojos fijamente, muy inquieto. ¿Habla en serio o en broma? En las pupilas oscuras de Mariquita hay como un enigma; ya no le parece la niña alocada, vehemente y expansiva que pasó con él el chubasco bajo la luna del puente; el ser sin complicaciones, el alma cándida que vió en su primer encuentro. Sabe, sí, porque salta a la vista, que hay en ella un absoluto desconocimiento de la vida, una integral y exquisita pureza de alma y cuerpo, pero ya no afirmaría ahora como afirmó una tarde que es Mariquita un espíritu simple. No, no. A los ojos de la chiquilla quiere asomarse la mujer. Quiqui advierte además que sufre y esto le desconcierta y le apena. ¿Por qué sufre la chiquilla preciosa? ¿Está en los días críticos de transición en que la personalidad va a desdoblarse revelando a la mujer? Debe sentir dudas, vacilaciones, inquietudes...
¿Pobre Mariquita!

Pero Mariquita se va, evolucionando con inimitable gracia entre los muebles del aposento. Parece una mariposa. ¡Qué magnífica flor en capullo, qué espléndida mujer para mañana! —se dice Sorrosal asombrado al encontrarla más bonita a cada nueva mirada. Siente de pronto el impulso de dejar a esta cargante señorita de Cepeda y plantarse de un salto junto a la jovencita desconcertante y enigmática que le atrae como un misterio. Pero eso no puede ser. No sería correcto... Además, Mariquita Monleón ya no está en la sala. ¿Dónde ha ido la muñeca preciosa?

* * *

Es la misma sala donde Quiqui hizo sus con-

fidencias a Rosalía Olmedilla cierta tarde, mientras la curiosa Mariquita las recogía sentada bajo el ventanal, sobre el banco de azulejos de Talavera. Las persianas caídas dejan el aposento en esa dulce oscuridad propicia al reposo o a las intimidades... Pedro y el gobernador han emprendido una reñida partida de ajedrez; la gobernadora y la señora de Cepeda charlan con Rosalía, perezosamente. Hablan de un baile que se va a dar el próximo jueves, día de Corpus, en el Gobierno Civil. La de Cepeda y sus hijas han prometido ir; Rosalía también irá y probablemente llevará a Mariquita, que va a tener grande alegría cuando lo sepa. Será su primer baile. Mientras, Clotilde toca en el piano composiciones raras que requieren bastante ejecución y que parecen entusiasmar al secretario del gobernador. Es posible que tras la pantalla de la música mantengan los dos un fuego graneado de miradas y sonrisas; será de la única manera que podrán entenderse, porque lo que es con palabras... Esa Clotilde es de las que no hablan ni a tiros. Ni tanto ni tan poco.

Quiqui está con Guadalupe junto a una de las grandes ventanas, abierta de par en par al hermoso ambiente juniero. Suerte que Quiqui es hombre de recursos para quien el arte de cortejar a las mujeres no tiene secretos, porque de no ser así toda su corrección no hubiese bastado para quitarse de encima a Guadalupe Cepeda con cualquier pretexto. ¡Qué sumamente sosa es la pobrecita, y no por falta de sociedad, pues ya hace un par de añitos que la frecuentan las dos hermanas, sino por natural manso y falto de expresión! Y eso que a Guadalupe le ha gustado mucho Quiqui, ¡vaya! Los que como Rosalía la conocen bien, lo han advertido desde el primer instante. Quiqui no se ha dado cuenta. Está muy preocupado con el nuevo matiz de Mariquita Monleón. El la creyó una chiquilla insubstancial en fuerza de ser inocente y candorosa, y ahora ve que en ella apunta una mujercita vehemente y apasionada. ¡Qué encanto de criatura! ¡Qué hermosa capacidad para querer debe encerrar esta alma intacta que aún se desconoce! Es una maravilla, entre la colección de muchachitas mo-

dernísimas que hacen su papel de ingenuas y, sin embargo, saben de la vida más de lo debido, que tienen coqueterías y clarividencias de mujeres curtidas en la práctica mundanal, que todo pretenden saberlo e indagar sin que el sonrojo de lo prohibido las cohiba lo más mínimo... Para conducir bien por el camino de la vida a estas jovencitas complicadas, se necesitaría ser un experimentado psicólogo. Quiqui recuerda con horror las escenas dolorosas o desagradables que tantas veces sorprendió entre Jorge de Monroy y Lina Navas de Robleda, en su breve y desastroso matrimonio. También Lina era una de esas criaturas de hoy, imposibles de entender, con los nervios descompuestos por las drogas, el carácter falseado por la influencia malsana de un ambiente cargado de hipocresías y falsedades, con sumidas por la neurastenia que han recibido como herencia y a la cual no han sabido sobreponer el imperio de esas voluntades que surgen solamente en las naturalezas que se forjan en la disciplina cristiana de la resignación en el dolor... No: Quiqui, cuanto más entra en edad más apegado se encuentra a su ideal: el ideal inquebrantable que le inspirara Inés Fonsagrada; una mujer amable, seria y tierna a la vez, de alma limpia y religiosa... No sabe por qué, pero tenazmente le acosa la idea de que si Inés Fonsagrada conociese a Mariquita Monleón, la encontraría muy de su gusto.

Mientras atiende con toda la cortesía de que es capaz (y cuente el lector amigo que es un maestro de la hidalga ciencia de los caballeros) a la esporífera, seria, correcta, comedida y perfectísima señorita de Cepeda... ¡Dios santo, no es ésta ciertamente la perfección que busca él!... se le van los ojos en pos de la silueta atrayente de Mariquita Monleón, la cual en vista de que se halla un poquito des centrada en la sala donde no hay hueco apropiado para ella...—con las señoras mayores no quiere estar, y embutirse entre las dos parejas como un tercero en discordia no la seduce— se ha ido a buscar a sus primos con quienes se entiende maravillosamente. Bajo las alas maternas de miss Jetta que les ampara, como una clueca a sus polluelos, aparecen frente a

la ventana que ocupa Quiqui en charla... (o en monólogo) con la de Cepeda. Lo que menos piensa Mariquita es que Quiqui pueda verla. La persiana está caída y de la sala sólo llegan los golpecitos de las fichas del ajedrez y el apagado rumor de las conversaciones, oscurecido con frecuencia por las raras melodías del piano. Frente a la ventana, hay dos pinos venerables, cargados de siglos; de uno a otro, Felipe, el guarda, ha atravesado una gruesa barra de la que penden las cuerdas de un columpio. Miss Jetta se ha instalado en su catorcillo de tijera con la costura entre manos, limitándose a vigilar, muy contenta en el fondo al ver a Mariquita suficientemente niña aun para preferir su compañía y la de los pequeños a la de aquellos señores amigos de la lisonja y del "flirt". Porque miss Jetta no ha dejado de parar mientes, antes cuando Quiqui ha ido al salón de estudios a besar a los niños, de que éste es asombrosamente guapo... y de que ha mirado más de una vez con invencible embeleso la fresca belleza florida de Mariquita Monleón.

Esta, arregla el columpio colocando en él a Carmita. Las risas de la pequeñuela, agarrada a las cuerdas al verse casi volando, son como gorjeos de pajarillos, muy a tono con la fronda, con el ambiente primaveral, con el sol de oro y con la serenidad del campo tan llena de poesía.

—¡Más!... ¡Más, Mariquita!—grita la nena.
—Cógete bien... A una, a dos... a... ¡tres!

Y el columpio vuela como un pájaro majestuoso hasta hacer que los pies de la chiquilla toquen las ramas de los viejos pinos. José María sigue el raudó movimiento del columpio, con celosa expresión de deseo, muy serio, casi ceñudo, en pie, con un dedo en la boca y los ojos muy abiertos. Al fin, como Carmita no se cansa, juzga prudente hacer una llamada de atención.

—Mariquita... ¿y yo?

—¿Tú? En seguida, encanto.

—¡No, más, más!—grita Carmita.

—No, rica, que ahora le toca a José María, y luego a Pedrito y después a mí. Entre todos tenéis que empujarme. Yo la última. ¿Sí?

Asiente dócilmente la chiquilla; suben a José María al columpio. Está en todas sus glorias. Como pesa más, voluntariamente, Pedro ayuda a Mariquita. El columpio va y viene, locamente... ¡Hala, hala, hala!...

El cuadro juvenil, fresco, lleno de encanto, sugestión a Quiqui Sorrosal De buena gana se cogería también a la tabla del columpio para empujar a José María. Se lo dice a Guadalupe, pero ésta le mira asombrada. Seguramente no comprende ni saborea la sencilla y natural poesía que emana del espectáculo de esta juventud sana, que es lo bastante niña para disfrutar intensamente con un juego de niños.

—Mariquita Monleón debe de tener muy poca edad...—comenta laboriosamente.

Flota en su sonrisa un leve rictus que sin ella quererlo es de desdén. Quiqui Sorrosal, sin saber por qué, se siente molesto por esta apreciación. La sangre quiere decir, pero no quiere oír.

—Mariquita será siempre joven, aunque cumpla cien años. Es un don de Dios un carácter así—declara con inevitable matiz de desabrimiento.

¿Será capaz de crear esta muchacha, anti-pática y sosa, que es superior en algo a la espontánea y alegre Mariquita?

Por fin le ha tocado la vez a Mariquita, después de Pedro. Arrebolaba por el ejercicio. —Pedro pesa bastante y la ayuda de los pequeños ha sido casi nula—con la melena alborotada, bajo una audaz combinación de sol y sombra que filtra el ramaje de los pinos y que en su crudeza sería fatal para cualquiera otra muchacha que usase mascarilla, Mariquita se sienta en el columpio, victoriosa y triunfante en el magnífico esplendor de su sana hermosura. Ni piensa siquiera que lleva un traje soberbio firmado por una modista parisense. Su falda se arremolina en torno de sus piernas o vuela en despliegue artístico según sube o baja el columpio; pero Quiqui ve que Pedrito no puede con ella y que hasta las débiles fuerzas de la menudita y flaca miss Jetta, no son bastante a darle al artificio el impulso necesario. Es que Mariquita no es una muñeca estilizada

como las de Cepeda; tiene la estatura más que regular y no está flaca, ni mucho menos, aunque su aspecto sea completamente estatuario. Otra vez vuelve a pensar Quiqui en Inés Fonsagrada, en su belleza fuerte y sana como la de Mariquita Monleón.

—¿Quiere usted que vayamos a ayudar a los del columpio? Estoy viendo que entre todos no pueden con Mariquita—insinúa vivamente el capitán.

—Está demasiado pesada—dice la de Cepeda con gestecillo de contrariedad.

Se da cuenta de que la atención de Sorrosal está concentrada en el encanto de la primita y eso la humilla. No piensa que lo ha monopolizado desde que llegó y que Mariquita se ha visto obligada a buscar a los niños para no hacer el ridículo, desatendida y sola. Rosalía está furiosa contra las de Cepeda; no ra perdido minucia. ¡Fíese usted de las muchachas educaditas y mansas! Está visto que en cuanto hay hombres por en medio se vuelven todas acaparadoras. A bien que la de Monleón no parece haberlo sentido mucho. Asperamente, contesta Quiqui a Guadalupe:

—¿Cree usted? Yo opino en cambio que Mariquita está bien.

—Si le gustan a usted las gordas...

—Mariquita no está gorda; debe tener exactamente las proporciones clásicas. Es además una muchacha ágil, forjada en la gimnasia y el deporte; una promesa espléndida para el día que acabe de desarrollarse. Acuérdesse de que se lo digo, y yo entiendo de esto un rato largo: Mariquita Monleón será de las mujeres que tendrán cartel. ¿Viene conmigo al columpio?

De muy mala gana, Guadalupe se levanta. Es muy linda, pero va muy retocada y compuesta. Sigue a Quiqui Sorrosal porque sabe que si no va con él corre peligro de quedarse sola y esto es aún peor que desafiar la cruda luz de la pinada. Cuando Mariquita ve llegar a Quiqui y a Guadalupe, se alborota toda con loca y contagiosa alegría.

—¡Venga, Guadalupe! Móntese conmigo un ratito... verá qué bien, ahora que tenemos un hombre que nos columpie.

—No, Mariquita, que rendiríamos al barón. Primero usted y luego yo—responde la de Cepeda, haciendo de tripas corazón, pues maldita la gana que tiene de verse por los aires en aquel artefacto. ¡Hala, hala, hala! El columpio vuela impulsado sin esfuerzo aparente por los vigorosos brazos de Quiqui. Una sonrisa de satisfacción entreabre como flor de granado los frescos labios de Mariquita. ¡Cómo está disfrutando la chiquilla! Luego, le toca el turno a Guadalupe. Se le advierte en los ojos el temor: es una de estas muchachas tímidas y modositas que no han sido capaces en su vida de subir o bajar de dos en dos los escalones de una escalera. Hasta Pedrito nota que las lindas manos de uñas pulimentadas se crispan sobre la áspera sogá, cada vez que Mariquita y Quiqui la lanzan al espacio.

—¿Va usted bien, Guadalupe?

—¿No sea marea?

—Avisé cuando quiera que paremos.

—No se preocupen. Voy perfectamente. Al principio tenía miedo, pero aho...

No acaba la frase. Un crujido seco, de cuerda que se rompe, un chillido agudo de terror, y Guadalupe se queda aferrada con ambas manos a la otra cuerda, encogida como una mena que se sube al árbol, con las rodillas casi tocándole la barba, en la postura más cómica y grotesca que imaginarse pueda. Miss Jetta, lanza absurdas e incomprensibles exclamaciones en inglés, Pedrito se suena la nariz para disimular un acceso de risa, Carmita y José María contemplan la escena asombrados, y los cuatro o cinco perros, que rodean a los niños, gruñen y ladran instigados por los lamentos de la miss y los chillidos de Guadalupe.

—Pero, criatura, déjese caer—le ruega Mariquita, ofreciéndole el apoyo de sus bellos brazos torneados.

La otra ha sorprendido el diablillo retozón de la burla asociándose a los ojos del barón de Sorrosal y descarga toda su ira en la inocente Mariquita, abrumándola bajo una mirada furiosa. La pobre muchacha mira a Quiqui con desolación... ¿qué culpa tiene ella de que la cuerda se haya roto?, y al fin Quiqui, viendo que la escena se prolonga demasiado, que Gua-

dalupe no parece querer apearse de su inadecuada postura y que se está desollando las manos al agarrarse a la áspera sogá de esparto, domina la situación con su sangre fría de hombre de mundo adelantándose decidido hacia la pelota que es, colgada de la cuerda, la lindísima señorita de Cepeda.

—Permítame usted...—dice tranquilamente.

Y sin esperar la conformidad de la paciente cógela sin el más mínimo esfuerzo, como quien coge un paquete, y la pone sin ceremonias en el duro suelo. Antes, en el aire, ella ha pataleado un poco en señal de protesta. El cuadro es eminentemente ridículo. Gracias que en esto un criado sale a avisar que van a servir el te. Guadalupe pide a Mariquita que la acompañe a su tocador para remediar los desperfectos del peinado y del vestido, a lo cual accede gustosísima, llevando aún su magnanimidad hasta el extremo de cederle a Serafina, que es una doncella insuperable; pero aunque la educación pone en Guadalupe cierto gesto amable, Mariquita sabe muy bien que el amor propio resentido de la señorita de Cepeda no le pedonará nunca el ridículo episodio de esta tarde. Ahora, que a Mariquita, el odio o el amor de una señorita de Cepeda se le importa un ble-

do. Desde este momento, la tarde se le vuelve insoportable a Mariquita. Toma con excelente apetito dos tazas de te y dos tortas de pan moreno con miel, y unas pastas a la vainilla y un platito de crema. A ella se le da un ardite conservar la línea; no está a régimen como la mayor parte de las muchachas modernísimas; come con una gana que estimula el apetito de los demás y hunde tan golosamente sus diente-cillos de ratón en el pan moreno untado con miel, se relame los labios con tan gracioso gesto de gata glotona, que Quiqui se confiesa que es una delicia verla comer. Mariquita lo hace todo igual: con plétora de intensidad. El día que le toque enamorarse, Quiqui sospecha que se enamorará también intensamente. Y sin saber él mismo por qué, este pensamiento le inquieta.

¿En quién pondrá su amor la chiquilla apasionada y veheméntísima? ¡Dios quiera que

(Continuará)

Doña Narcisa Aguilar Vda. de Martínez

Muy sentida por sus numerosos amigos y familiares ha sido la muerte de la virtuosa señora doña Narcisa Aguilar Vda. de Martípez.

Enviamos nuestro más sentido pésame a sus apreciables hijos, nietos y demás

miembros de la apreciable familia doliente y muy especialmente a nuestra querida amiga doña Eva Martínez de Chinchilla y a don Gonzalo Marín Jiménez y señora.

Suplicamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Narcisa.

Los menores de edad en los cines y cafés

Uno de los lugares que más vigilancia requieren por parte de las autoridades de policía, es el café. Aparte de las elementales condiciones higiénicas que son esenciales, hay otras más importantes y que deben ser motivo de cuidadoso estudio por parte de las autoridades respectivas.

La asistencia de menores de edad está acertadamente prohibida por claras disposiciones vigentes, que no se cumplen jamás. A la vista de todos se ofrece el caso verdaderamente increíble de muchachitos que apenas se han separado del biberón, concurren a los cafés y beben como los grandes y en compañía de ellos licores embriagantes, sin limitaciones de ninguna naturaleza.

Pero no termina ahí el asunto. El problema de las películas para niños es otro asunto que a pesar de las buenas intenciones de las autoridades municipales que gustosamente hacemos resaltar, no ha podido evitarse. En ciertas funciones matinales continúan exhibiéndose películas absolutamente inaceptables para menores; a los matineés y aún a las vespertinas se tolera la entrada de niños a quienes se brindan producciones absolutamente inaceptables...

Claro está que no es solamente a las autoridades a quienes les compete esta obligación. Principalísimamente los padres de familia deben cuidar de que sus hijos no concurren a los cines. Si la relajación del medio ha llegado al extremo de no considerar el aspecto moral, que se mire siquiera el aspecto fisiológico. El ambiente enraizado y lleno de humo de una sala de cine

es absolutamente antihigiénico y esta atmósfera obra perjudicialmente, de modo muy especial sobre los niños. La sucesión de las imágenes sobre la pantalla obedece a un procedimiento mecánico que con una gran rapidez corta los rayos luminosos para permitir el paso del cuadro siguiente. Este fenómeno aunque no se advierte sí influye poderosamente sobre los ojos de los niños y es el origen de muchas miopías y de otras enfermedades que más tarde les hará sufrir los efectos del descuido paterno.

Pero como algunos padres de familia, bastante numerosos por desgracia, parece que olvidan el principal de sus deberes que es el de cuidar de sus hijos, se hace necesaria una mayor y sobre todo más constante acción del Estado para que se acabe con estas causas de corrupción, cuya cosecha de crímenes y de desgracias se irá recogiendo a medida que los niños de hoy vayan convirtiéndose en hombres torcidamente formados.

El Almacén Rómulo Artavia

ACABA DE RECIBIR

Afrecho puro de trigo y harina de semilla de algodón, los mejores alimentos para ganados

Depósito de los deliciosos vinos legítimos de frutas: naranjas, Níspero, y Marañón de la FABRICA SAUREZ

Dirija sus órdenes al Teléfono 3058 Apartado 653 — San José.

Quien sabe no perdona

El hombre se acercó a la ortiga.

Alzó la mano para tocarla y hubo un ¡ay! en su boca y un rubí en su dedo.

El hombre se enjugó la sangre; y mirando a la ortiga le dijo:

¡Te perdono!

Y yo admiré y bendije en mí a aquel hombre que tenía el dulce dón de perdonar.

Y aconteció que vino otro hombre y se paró junto a la ortiga. Y alzó también la mano para tocarla.

Y la espina lo hirió.

Mas el hombre sólo se enjugó la herida.

Quedóse viendo con amor la espina.

Y no le dijo: ¡Te perdono!

Yo pensé:

—Aquel hombre era un santo. Sabía perdonar. Este no sabe.

Mas mi Señor me interrumpió:

—Quien no sabe eres tú.

—Cómo, Señor...! ¿aquél?...

—Es un santo porque cuando fue preciso perdonó.

—¿Y éste?

—Más santo aún porque no le es preciso perdonar.

Y como yo quedase perplejo, con vaguedad incomprensiva en los ojos, él explicó.

La espina hiere porque es espina.

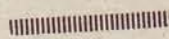
Aunque quisiera no perfumaría Aquél sintió el dolor de la punzada; y como no sabía, juzgó culpable la ortiga, y de ello se ofendió, mas como era limpio de corazón, perdonó. Este sintió el dolor, pero como sabía que toda espina punza, porque eso es ser espina, no sintió ofensa alguna y como nada tenía que perdonar, no perdonó.

Desde entonces sufro menos cuando los cardos me hieren. Sabe mi alma que no hay ofensa, no hay perdón. En cambio, fluye amor piadoso para la pobre espina que aún no ha llegado a flor.

Porque ya aprendí a no perdonar.

Santiago Argüello.

(Del "El Bien Social").



Una anécdota de Glück

(LECTURA AMENA)

El célebre compositor Glück, uno de los más grandes artistas del siglo XVIII, había aprendido los elementos de su arte bajo las bóvedas de una Catedral.

Dicen sus biógrafos que cuando pequeño, o mejor dicho, desde pequeño, fue enfermizo y era un niño delgado, de mal color y por consiguiente delicado.

Sus padres, de condición humilde, lo llevaron un día a la Catedral de Viena para conseguirle una plaza de monaguillo. Muy inteligente, no sólo aprendió en pocos días a ayudar misa, sino que muy luego fué el acólito predilecto pues ningún otro como él conocía el ceremonial en las fiestas de solemnidad. Glück era el monaguillo al cual buscaban todos los sacerdotes de la

Catedral y más que eso, aun los canónigos porque nadie como él en lo listo para ayudar la misa.

El Dean le tomó tanto cariño que al cabo de muy poco tiempo lo colocó en el coro de muchachos que cantaban las alabanzas del Señor. El maestro de Capilla quedó sorprendido al oír por primera vez la voz pura, argentina del niño nuevo y se dedicó a enseñarle los elementos musicales y particularmente vocalización.

No era lo mejor que Glück tuviera hermosa, potente y bien timbrada voz, sino que además le daba al canto expresión tan tierna que llenaba de emoción al que lo oía. Pronto fué el solista del coro de muchachos cantores y los devotos oían con placer su

melodiosos cánticos sagrados. Cada vez que en Viena se sabía que el niño Glück iba a cantar un solo, se llenaba y lo cupletaba la gente de la Catedral.

En ocasión en que había cantado mejor que nunca una antifona de María, se le acercó un religioso con los ojos llenos de lágrimas y le dijo: "Hijo mío: me has hecho derramar hoy, las lágrimas más dulces de mi vida. Nada tengo que poder darte en reciprocidad del placer que me has proporcionado; pero toma este rosario y consérvalo en recuerdo de Fray Anselmo. Rézalo todos los días, aun cuando no sea sino en parte, si no lo puedes hacer de otro modo y ten por cierto que si eres fiel a esta práctica, llegarás a ser grande entre los hombres.

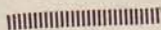
Glück no olvidó jamás a aquel buen religioso y acordándose de él, día a día pasaba las cuentas del rosario obsequiado por Fray Anselmo en recuerdo de la emoción que le produjo la tierna y melodiosa voz del niño que cantaba la Antífona a María.

El niño llegó a ser hombre; sus primeras y espontáneas condiciones musicales se desarrollaron prodigiosamente y con sus

maravillosas composiciones alcanzó la celebridad que todos sabemos. Pero, músico ya famoso y buscado por cuanto de grande tenía en su tiempo Viena, ni una sola noche dejó de rezar en el rosario que cuando niño, le obsequió aquel buen fraile. Ni en sus días de mayor gloria olvidó jamás al Padre Anselmo.

En la misma Corte imperial, en aquellas célebres noches de impetuoso zarao, había un momento en que Glück dejaba los salones y se le veía alejarse buscando la soledad: era que iba a rezar en el rosario de Fray Anselmo.

Cuando después de una vida llena de gloria, le llegó el momento de comparecer ante el Juez Supremo, la muerte le encontró bien dispuesto y entregó su alma a Dios teniendo siempre entre sus manos aquel precioso recuerdo de su antifona a María que tuvo por premio el rosario del humilde sacerdote a quien jamás olvidó y, lo que es mejor, el gran premio de morir en gracia de Dios, gracia conquistada con el ejercicio diario de su rezo favorito que lo hacía fuerte en la virtud. (De "Efemérides Marianas", Santiago de Chile).



Rasgos edificantes

Los muertos —decía el rey Alfonso de Aragón—, son mis más fieles consejeros y sabios ministros. Sus escritos me dicen la verdad; cuando quiero, les pregunto, y

siempre me responden sin pasión ni temor alguno de desagradarme.

Un día, yendo Alfonso a caballo, el paje, que le precedía, le hirió inconsidera-

SOLO

Jabón San Luis

con su espuma menuda y **PERSISTENTE**, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.
Agustín Castro & Cía.

damente, tirando de una rama de un árbol, que en su sacudimiento fue con violencia a dar al Rey en un ojo, del que saltó sangre. Esto disgustó sobre manera a los de la comitiva; pero el rey, a pesar del dolor que sentía, los tranquilizó, diciendo con mucho socio: —Lo que más siento es el miedo y pena del pobre paje, que me causa mal rato.

Estando un día a la mesa, dio la copa a su copero, mandándosela llevar a cierto señor, a quien este criado odiaba.

El copero se resistió por tres veces al mandato; el rey, perdiendo la paciencia, se levantó con la espada desnuda, y cuando ya iba a herirle, le dijo, tirando la espada:

—Más vale perdonarte que escuchar el placer de la venganza.

Un día encontró el rey a un aldeano que conducía una burra cargada de harina, y que, atascada en un barrizal, tenía al hombre en grandísima angustia. Al punto bajó del caballo, y ayudó al aldeano a tirar de la burra. En esto llegaron los de la comitiva, que viendo al rey lleno de lodo, se apresuraron a limpiarle y mudarle de vestido. El aldeano, que conoció a S. M., empezó a pedirle mil perdones.

Alfonso le tranquilizó con bondad, y le dijo:

—Hemos nacido para ayudarnos mutuamente.



La Golondrina

Sobre un almendro florido descansaba gozosa una golondrina.

Su alegre gorjeo llamó la atención del almendro, y moviendo suavemente sus ramas suspiró:

Inconstante amiga: la primavera me cubrió con sonrosado manto y mi belleza se refleja en las aguas del tranquilo estanque. Tu armonioso piar llena mi alma de gozo... ¿Por qué cantas...? ¿Porque me ves en flor?... .

La golondrina movió su cabecita de terciopelo.

—Mi canto no es sólo para ti. Canto a Dios que sembró de flores los valles, las colinas, las ramas desnudas de los árboles... Canto al amor que alienta en los corazones, al ensueño, al placer, a la vida...

El almendro murmuró:

—Y cuando el otoño ponga su pinclada de oro en mis hojas y arrastre muchas de ellas en raudos torbellinos; cuando truncas mis ramas quede solo, triste, sin abrigo, ¿vendrás a alegrar con tus gorjeos mi melancólica existencia?

—No, —contestó la golondrina —iré al tibio calor del Medio día, a cantar sobre

los almendros, tus hermanos, a quienes abandoné en cuanto llegó el cierzo glacial.

—¡Oh! ¡Qué inconstancia e ingratitude! —dijo el almendro, dejando caer a su pesar algunos nacarados pétalos. Yo te doy seguro refugio entre mis flores; puedes picotearlas libremente, saltar de rama en rama; los tallos tiernos servirán para formar tu nido... Y tú, en cambio, ¿qué me dejas?

—Algo que envidiaría un corazón humano —contestó la golondrina. La esperanza de volver a florecer.

BIELS.

VERMIFUGO LOMBRICIDA

Preparación que sabe a miel
Eficaz para las lombrices y parásitos
intestinales

DE VENTA EN LA

BOTICA "LA VIOLETA"

Siete Reglas de Oro

Preguntaron a un sencillo campesino cómo había podido educar con tan espléndido éxito a sus hijos.

Cuatro de ellos habían estudiado y alcanzado el título de doctores; uno era sacerdote y profesor de la universidad; los otros tres eran abogados, y todos se distinguían por su ejemplar conducta.

El campesino preguntado así, contestó con toda sencillez lo siguiente:

El que se ha educado con más esmero, es mi hijo mayor; su ejemplo influía benéficamente en la educación de los menores, así que, tuve con ellos menos trabajo.

En lo demás, he observado las reglas siguientes:

Nunca sufrí contradicciones ni les ordené algo que no hiciera yo primero, y siempre he pensado bien lo que les mandaba.

Exigí siempre pronta obediencia; los

hijos deben convencerse que es su deber; la obediencia debe hacerse costumbre.

Dí a mis hijos muchas pruebas de cariño, mas cuidando siempre de que no me perdiesen el respeto.

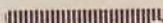
Nunca sufrí contradicciones ni protestas de su parte.

En presencia de los hijos, es preciso que cuiden los padres de estar en perfecta armonía entre sí y que no encuentren los hijos en la conducta de uno de los dos un pretexto para substraerse a los mandatos de Dios y de la Iglesia.

He acostumbrado a mis hijos desde niños al trabajo, sin perder de vista el cuidado por su salud.

Todos los días los he encomendado a la protección de Dios.

Si todos los padres observaran esas reglas, muchos se ahorrarían muy tristes experiencias cuando los hijos han llegado ya a cierta edad.



Orientación Católica

En medio de un mundo en que languidece la fe, hay que proclamar en arrogante e imperturbable credo, las verdades fundamentales de la religión sintetizada por la Eucaristía.

En medio de un mundo que tiende cada día más y más a sacudir el yugo de la ley divina, hay que profesar plena y consciente sumisión a la ley de la santa Eucaristía, que impone armonía entre la fe y las obras.

En medio de un mundo sacudido y desequilibrado por provocaciones a la discordia, hay que unir a todos los hombres de bien en cruzada apostólica de caridad, para promover obras de concordia, de salvación social y de sacrificio, en los sentimientos de amor fraterno inspirados por la Eucaristía.

Allá enfrente se nos encaran las filas de los sin-Dios, amagándonos lúgubremente con el puño cerrado del anticristo. Fren-

te a nosotros están alineados los ejércitos de los que pretenden hacer creer a todos los pueblos de la tierra, y a cada hombre en particular, que no hay prosperidad posible sino alejándose del Evangelio de Jesucristo: que el bienestar y grandeza de las sociedades, como de los individuos, tienen que ir a menos bajo la sombra de la Cruz. Frente a nosotros serpea la masa amorfa de aquellos que sin ser declaradamente hostiles a Jesucristo, se dejan zarandear por las turbias oleadas de la indiferencia y de la frivolidad, o bien, arrollados por la corriente, al fin y al cabo pasan a ser cómplices inconscientes de la incredulidad y de la lucha contra Jesucristo.

Y frente a nosotros se muestra el doloroso viacrucis, cruento o incruento que la Iglesia católica recorre tras El, estos tiempos católicos.

Cardenal Pacelli

Derechas e Izquierdas

Algún buen campesino, muy amigo mío, me preguntaba en estos días qué era eso de derechas y de izquierdas de que tanto se hablaba ahora.

Voy a satisfacer a mis amigos campesinos esa curiosidad de una manera muy sencilla.

No hay para qué entrar a explicar cómo nacieron en Europa estas denominaciones DERECHA e IZQUIERDA. Basta saber que la política del mundo se ha dividido en dos grandes campos, que corresponden a dos grandes sistemas.

Civilización—Barbarie.

Orden—Demagogia.

Construcción—Destrucción.

Instrucción—Ignorancia.

Todos esos son términos opuestos que en el fondo designan la oposición entre los dos grupos que hoy se disputan el predominio del mundo.

Vosotros recordáis cómo en la Biblia siempre se habla de los buenos que ocupan la derecha y los malos la izquierda.

Así será en el último día.

Así es en los parlamentos: a la derecha se sientan los amigos del orden, de la civilización, etc.; y a la izquierda los amigos del desorden y de la destrucción.

De ahí que hoy prácticamente estén destruidos los antiguos partidos políticos que tanto se destrozaron en los últimos tiempos.

Todos los hombres honrados pertenecientes a cualquiera de los antiguos partidos políticos forman un grupo que se llama de DERECHAS.

Este grupo defiende la propiedad, la familia, la Patria, la Religión, la historia y trabaja por el adelanto de los pueblos.

Hay otro grupo que lo forman pertenecientes también a cualquiera de los antiguos partidos y se denomina grupo de IZQUIERDAS.

Estos atacan la propiedad: dicen que nadie puede poseer en particular; que no hay sino un sólo dueño, que es el Estado; destruyen la familia; acaban con la noción de Patria; destruyen toda religión; y hasta los monumentos históricos que embellecen nuestros pueblos y recuerdan alguna gloriosa hazaña, los mandan demoler.

No hay término medio:

O izquierdistas o derechistas.

Hoy el que quiera aparecer honrado ante la conciencia pública tiene que acogerse A LAS DERECHAS.

Tú, mi buen campesino, abre los ojos; no te dejes creer del que te echa el brazo, del que te conversa mucho.

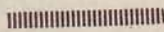
A estas horas el que menos habla sabe más.

No olvidéis lo del juicio final:

A la derecha los buenos.

A la izquierda los malos.

(De "Fe y Razón", Bogotá).



SECCION AMENA

¡Si todos fuéramos ricos!!

Dios Nuestro Señor llamó a San Pedro y le dijo:

—Todos los hombres se quejan contra mí porque no son ricos. Anda, pues, a la tierra y dales gusto.

Pronto bajó San Pedro al planeta, obedeciendo el mandato divino, e hizo que un ángel tocara una trompeta convocando a todo el género humano a una gran llanura. Bastante temerosos acudieron los mortales

sospechando si aquel trompetazo sería anuncio del juicio final; pero cuando oyeron de boca del Apóstol que venía a colmarles a todos y a cada uno de riquezas, aquello fue un despertar de alegría que todos gritaron hasta desgañitarse.

Cuando se hubo calmado el murmullo a una señal del enviado de Dios que quería satisfacer su comisión, empezó la repartición en la cual no se observó otra justicia

distributiva que la voluntad de cada cual, pues ya les había dicho San Pedro:

Pedid por esa boca lo que queráis, que vuestros deseos serán colmados.

Unos querían dinero, otros extensísimos terrenos, otros hermosísimas casas en qué vivir como príncipes.

Uno pidió mil millones en oro; pero cuando vio semejante montón de metal amarillo, le tuvo miedo y se contentó con la mitad.

—¿No queréis nada más?

—No, señor San Pedro, dijo el asombrado multimillonario que antes no era otro que un pobre matarife.

Otro pidió muchas tierras con inmensos ganados, sembrados y arboledas...

—¿No queréis más?

—No señor, respondió el beneficiado ante tantos bienes de fortuna que lo volvían loco, porque ya no sería el mismo humilde carpintero.

Pero empezaron a aparecer sus nubes en el cielo de los más afortunados.

—Mujer—decía a su compañera uno de estos ricos, antes zapatero remendón... llamad a la criada y que me traiga la comida.

—¿Qué estás diciendo? ¿No sabes que ya se acabaron las criadas?

—¿Cómo es eso? ¡No puede ser!

—¿No ves que todos son ricos?

—¿Quién sirve a otro siendo rico?

—Pues arréglate tú misma y sirve la comida.

—Antes no servía siendo zapatera, y ¿serviré ahora siendo millonaria?

—Tienes razón, no debes hacerlo. Sería rebajarte. Pero busquemos quién nos sirva.

Salieron en busca de un sirviente y se encontraron con el multimillonario que hacía centinela a su montón de oro para que no se lo robaran.

—¿Qué haces ahí? preguntaron los cónyuges zapateros.

—No encuentro quien me transporte este oro; ni hay carros, ni policía, ni nadie que trabaje y sirva. Y tengo hambre y con

mi montón de oro enfrente no encuentro quién me venda de comer. No hay mercados ni gente que venda: todos son millonarios. Estoy desesperado.

—Vente a comer a casa—le dijo el zapatero.

—Coged un puñado de oro en cambio—contestó agradecido el invitado.

—No queremos tu oro; queremos que nos sirvas; nos preparas la comida, barrerás, lavarás.

—Pero te estás burlando de mí?

—Nunca hablé con más formalidad; tenemos hambre y no tenemos qué comer porque no hay quién nos sirva.

—Pues que os sirva un cuerno. Yo soy archimillonario y teniendo tanto oro no puedo ser criado de nadie; pues ni antes, cuando era pobre lo hice, ni menos hoy que soy tan rico.

Entonces no había quién lavara, no había quién cosiera, no había quién sirviera, en fin, porque todos eran inmensamente ricos.

Cundió la miseria y por este motivo los millonarios tuvieron que hacer todos los trabajos en sus propias casas pero sin orden ni concierto, sin aquella ordenada división del trabajo de antes... El hambre se hizo general porque los trabajos del campo fueron abandonados por completo; lo que trajo, como consecuencia, infinidad de crímenes y otras desgracias que obligaron a todos a elevar al cielo este universal clamor:

—¡San Pedro, remédianos!

No se hizo esperar el Apóstol; y bajando del cielo a la llanura donde estaban todos los humanos en actitud suplicante, les dijo:

—Al fin os convencisteis. ¿No veis que el ser todos ricos no sólo es imposible sino que sería un enorme disparate? ¿No veis palpablemente que es necesario que haya ricos y pobres para que todo marche bien, habiendo quién sirva y quién pague al que trabaja?

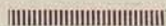
Desengañaos. Volved a la antigua condición que es la mejor. Procurad huir de la miseria, pero no os quejéis de una pobre

medianía. Si sois ricos emplead bien vuestra riqueza; si sois pobres, contentaos con vuestro estado, con el cual es más fácil entrar en el reino de los cielos **“Teniendo con qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos**

con ello” ha dicho mi compañero Pablo...

Dicho esto, San Pedro echó su bendición sobre las turbas y se volvió al cielo.

C. de L.



La sonrisa de la Virgen

Bernardita Soubirous, la niña agradecida con las apariciones de Lourdes, no hallaba en esta tierra ni semejanza siquiera con la belleza de María.

—¿Habéis visto a la Santísima Virgen? —preguntó una vez una niñita a Bernardita.

—Sí, hija.

—¿Estaba muy hermosa?

—Tan hermosa, que después de haberla visto me quisiera morir para volver a verla!

Religiosa ya, al examinar algunas imágenes de María, exclamaba: “¡Ay, Madre mía! Cómo os desfiguran! ¡Qué desengaño se van a llevar los artistas cuando os vean!”

Sobre todo recordaba con celestial fruición la incomparable sonrisa de la Virgen.

Recordemos a este propósito un hecho.

En tiempo de las apariciones de María Inmaculada en Lourdes, vivía en la vecina ciudad de Causterest cierto conde de Bruissard, volteriano de nota que no podía resignarse a creer en tales apariciones. Habiendo leído en un periódico del lugar que la Virgen se había aparecido de nuevo a Bernardita y que **le había sonreído**, resolvió irse a Lourdes por pura curiosidad y persuadido de que cogería a la niña en flagrante mentira. Va en efecto a casa de los Soubirous y encuentra a la inocente pequeña, sentada en el umbral, remendando unas medias. Parecióle la niña bastante vulgar, pero sus facciones, en que traslucían las privaciones de la pobreza, tenían sin embargo, cierta gracia y atractivo.

A ruego suyo le refiere Bernardita las apariciones con una sencillez y seguridad

con una naturalidad y soltura, que le encantaron.—Pero, dime,—le interrumpe el conde:—¿cómo te ha sonreído esa bella señora?

La pastorcilla le mira con sorpresa:—¡Ah!, señor, preciso sería ser del cielo para imitar su sonrisa.

—¿No podrías, niña, reproducírmela? Porque has de saber que soy incrédulo y estoy persuadido de que estás alucinada.

El semblante de Bernardita tornóse serio y casi severo:

—Entonces, ¿cree usted, señor, que soy una mentirosa?

El hombre se sintió desarmado; no, dijo para sí, esta niña no miente; y ya iba a pedirle perdón por su descaro cuando le interrumpió la niña:

—Puesto que usted no cree y piensa que yo lo engaño, accederé a su deseo en cuanto pueda.

Levantóse muy lentamente, juntó las manos sobre el pecho, su rostro se iluminó y elevando los ojos al cielo se dibujó en su semblante una sonrisa celestial, como jamás había visto el conde en labios mortales; aún sonreía la vidente, cuando ya estaba el incrédulo de hinojos a sus pies, persuadido que esa niña copiaba de la Reina del cielo su sonrisa:

—Sí, se decía, es **la sonrisa de la Virgen**.

Desde entonces esta sonrisa se grabó en su alma; ya no dudó de que la Madre de Dios había bajado a la tierra y había sonreído a esta humilde pastorcilla. Salió de Lourdes creyente, cristiano fervoroso.

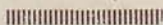
Bernardo Gentilini

Obra de las Vocaciones Religiosas

"Este oficio que implica la voluntad de abnegación y sacrificio, si es cierto que no carece de dificultad, es sin embargo, muy propio para los sacerdotes, que han sido llamados a la heredad del Señor, y además, con la gracias de Dios, les proporcionará dulces consuelos, puesto que de cuando en cuando verán como fruto de sus generosos esfuerzos surgir para Cristo valientes soldados totalmente dispuestos a combatir los combates del Señor. Y los mismos ministros de Dios sentirán que reciben un premio indudablemente mayor y una gracia más suave del cielo, cuando vean que algunos de aquéllos a quienes ellos habían unido más íntimamente a Cristo reciben la ordenación sacerdotal, o hacen los votos religiosos".

Es indudable que la mayor necesidad de la Iglesia en todo tiempo y con mayor razón en éste, es tener sacerdotes santos y dignos ministros. La obra más benéfica de apostolado o de beneficencia es la de ayudar a formar y educar a un sacerdote. No hay mayor bendición de Dios para una población que tener un cura santo, como el cura de Ars, como San Vicente de Paúl, ninguna bendición para una diócesis como tener un obispo como San Carlos Borromeo o San Agustín; pero sin llegar a esas alturas excepcionales, cualquier sacerdote por su solo oficio hace un bien que

sólo la Sabiduría divina puede calcular. El contribuir a la formación de un sacerdote es un servicio efficacísimo a la Iglesia y a la patria, es hacerse uno partícipe en alguna manera del bien que ese sacerdote haga, es decir, de las veces que celebre el santo sacrificio, de lo que enseñe, de las almas que salve, de los sacramentos que administre. Qué bello fuera que cada parroquia sostuviera en el seminario por medio de la Acción Católica a un seminarista. Esta es la mayor necesidad actual, la condición indispensable de todas las obras de apostolado. Y no se diga que será muy triste la desilusión de haber costado unos años de seminario a un alumno que después se retire, pues aun en este caso la intención, que es lo que Dios premia, fue darle un sacerdote a la Iglesia y además se consiguió un cristiano santa y profundamente formado. La mies es mucha y los obreros pocos, decía Jesucristo, y hoy se verifica también esa verdad. Sublime y fecundo programa para todas las cuatro asociaciones en cada parroquia, esta de sostener un seminarista y aunque sea media pensión. Sería contribuir a enviar un obrero a la viña del Señor, un apóstol a los pecadores, un intercesor por nosotros ante Dios y un alivio y una ayuda a los que trabajan sobrecargados por el exceso de trabajo y escasez de compañeros.



La Ramita Bendecida

En la sombra de los pilares de la iglesia, entre los hombres que esperaban turno en el confesionario del Párroco, me había parecido reconocer la expresiva fisonomía de Jaime X..., un hábil carpintero, libre-pensador, listo como un demonio.

Creí primeramente que se trataba sólo de un parecido casual. Pero, a la salida de la iglesia, nos encontramos los dos en plena luz. Me tendió su callosa mano para ofrecerme agua bendita y le vi piadosamente

hacer la señal de la cruz. Salió conmigo, y me dijo:

—¿Le extraña a usted esto?...

Pues bien: sí, Jaime X, el descreído, cumplirá su Pascua muy gozoso. Voy a hacerle a usted mi confesión, como acabo de hacerla al Padre Cura, como la hice ante mis compañeros de taller, que no tenían ninguna gana de reírse, no.

Yo estaba, como ya sabéis, poseído del demonio, de la rabia anticlerical. ¿Por

qué? ¿Puede saberse el por qué? Es cuestión de darse tono, de torpe orgullo, y de súbitos arranques. Y también porque parece más cómodo vivir como un perro que como un cristiano; en lo cual se engaña uno torpemente.

Cuando nació nuestro primer hijo, lo tuvieron que bautizar a escondidas. Su madre le hizo imponer el nombre de Luis. Yo le hice inscribir en la alcaldía con el nombre de Bruto. Quería hacerle un buen tigre, un chico emancipado de todas esas viejas supersticiones, en una palabra, un hombre de progreso.

Y así Bruto alcanzó sus cinco años, sin haber hecho en mi presencia una oración. Pero su madre lo enseñaba a solas a juntar sus manecitas: y cuando yo no estaba en casa, los dos rezaban por mí.

En fin: hace un año, era vísperas del domingo de Ramos, el niño me dijo: "Padre: ¿querías que yo también tuviera un... como los otros niños?"

—¿Un... qué?

—Pero, padrecito, un ramito bendecido. ¡Mamá dice que ésto atrae la felicidad!

Entonces me encolericé. ¡Querían convertir mi casa en sacristía! Laurel, muy bueno para perfumar las salsas; podían dejarlo en la cocina, pero en ninguna otra parte; y mucho menos, sobre todo, bendecido.

—¡Oh! por una pequeñísima rama!— se atrevió a decir mi mujer.

—¡Sí, bien conocía esas pequeñas ramitas! Luego qué, ¿vamos a vivir en jesuita? Nada, nada de eso. Al fin y al cabo, era yo el amo y pretendía hacerme obedecer.

Días después, detrás de la cama del niño vi puesta en una pilita de agua bendita y en la cual escasamente hubieran cabido las yemas de mis dos dedos, una finísima rama de laurel fijada en los brazos de una cruz negra.

Entonces, no se qué furor bestial me sobrecogió.

Cogí con mi manaza la ramita, la pila

y la cruz y las tiré con toda mi fuerza al suelo.

Del Crucifijo y de la pila no quedaron más que pequeños pedazos. Sólo la rama de laurel quedaba intacta.

La pisé furiosamente.

Y entonces me pareció oír sollozos.

Bruto estaba allí: de sus hermosos ojos saltaban gruesas lágrimas, y, en un momento, atraído y conquistado por su mal disimulado sentimiento, tuve la intención de abrazarlo y decirle: "No llores, no, bebé mío; voy a comprarte otra crucecita; voy a buscarte agua bendita en la iglesia, no llores más".

Pero... ¡qué quiere usted; no había llegado aún la hora oportuna! Y no encontré otras palabras que éstas: "Fuera sensiblerías. No quiero que te rellenen el espíritu de todas esas torpezas. Quiero que seas un hombre fuerte y libre".

Seis meses después, el niño cayó enfermo; una de esas terribles enfermedades que en una hora hacen su presa en las tiernas criaturas y que cuesta un triunfo librarlas de ellas. Mi mujer habló de llevar un cirio a la capilla de San José.—¡Un cirio! tonterías, explotaciones... supersticiones... la ciencia había que invocar y no a Dios ni a sus pretendidos santos.

Vino el médico; era un librepensador. En una ojeada certificó la gravedad del mal y su impotencia para contenerlo.

—No hay salvación a no ser por un milagro—dijo.

—¡Un milagro! Era, pues, él un embustero, un renegado, un jesuita...

Una hora después mi Bruto había muerto.

¡Lo que yo escandalicé con gritos y maldiciones! Pero había que hacer las gestiones necesarias para el entierro de mi hijo y tuve que salir.

A mi regreso, vi al lado de la camita blanca en la cual mi hijo yacía, más blanco aún que las mismas sábanas que le cubrían, algunas vecinas rezando, y, al lado de la cabecera, encima de una mesita, un plato de loza con agua y en él una ramita de laurel bendecido. ¡Esta maldita ramita voy a

encontrármela en todas partes!—Ella era la causa de la muerte de mi hijo!

Y, sin decir ni una palabra, lo cogí todo y lo tiré fuera.

Al día siguiente se efectuó el entierro de aquel cuerpecito. Hubo discursos de compañeros míos, de los que no me llegué a enterar...

Luego, secándose los ojos, mi interlocutor añadió: "¡Ya ve usted si he sido miserable! ¿Querrá Dios perdonarme?"

Este año, el día de Ramos, iba tristemente por las calles divagando, sin pensar más que en mi pena.

Los niños transitaban por ellas, llenos de salud y alegría, llevando grandes ramas de laurel.

Entonces repentinamente me acordé de mi hijo adorado, llevando su ramita escondida.

Se me presentó de nuevo la odiosa escena: el laurel pisoteado, el Crucifijo a pedazos tirado a los pies del niño, de mi hijo, ya un creyente y amante de Dios; luego el lecho mortuario en donde yacía mi angelito, teniendo a su lado como protesta latente contra mi brutal impiedad la rama bendecida!

¡Y lo restante fué pronto hecho! Sí, de prisa y corriendo me entré en la iglesia, en donde me prosterné confuso y contrito,

pidiendo perdón a Dios y... a mi pequeño Bruto.

Y, sin decir de ello una sola palabra a mi pobre mujer, adivinó ella la inmensa transformación que se había operado en mi alma, y, mostrándome algunas hojas amarillentas, piadosamente conservadas, me dijo:

—“Ya ves, había guardado algunas hojas de la ramita de nuestro Luis con la esperanza de que nos traerían la felicidad y reconciliación con Dios”.

Terminado su relato añadió el pobre Jaime.

—“He contado a mis camaradas y compañeros de taller esta confesión mía, y ninguno se ha reído, y crea usted que podrían bien hacerlo, conociéndome según mis ideas de antes. ¡Yo que tanto me había burlado de las cosas más sagradas!... ¡He pedido con todo fervor, perdón a Dios, lo he pedido también a los hombres y tengo la esperanza de poder ir al cielo a pedirselo a mi ángel, a mi hijo adorado, del que quería hacer un impío, y del que la Providencia Divina ha hecho un ángel para convertirme a mí!

¡Sean siempre benditos sus divinos secretos!

(De "Revista Católica").

Don Bolívar Salas Castro

Profunda impresión de tristeza nos ha dejado la noticia de la muerte del apreciable caballero don Bolívar Salas Castro, esposo de la distinguida y virtuosa señora doña Blanca Pardo de Salas.

Siempre admiramos a don Bolívar por su caballerosidad, por su honradez y por su bondadoso carácter.

Jefe de un hogar modelo, esposo ad-

mirable, padre cariñoso, y muy buen amigo. Su hogar queda en la más profunda tristeza, sólo Dios podrá consolar a su afligida esposa, apreciables hijos, a su virtuosa mamá, hermanos y demás miembros de la apreciable familia doliente para quienes enviamos nuestro más sentido pésame.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Bolívar.

RECETAS DE COCINA

PESCADO EN GELATINA

Se escama un pargo colorado y se lava muy bien y se pone a cocinar en mitad de agua y mitad de vinagre con sal, bolitas de pimienta y una cebolla partida en dos durante 20 minutos, cuando está suave se retira del fuego y se pone en una fuente honda, se adorna con unos camarones conservados; se retira del fuego el caldo en que se cocinó el pescado, se deja enfriar un poco y se le agrega una clara de huevo batida con dos cucharadas de agua fría y media cucharadita de jugo de limón, y se vuelve a poner a hervir, se le agregan 6 hojas de gelatina marca Oro que anticipadamente se han puesto a remojar en agua y se deja hervir durante 5 minutos, se prueba para saber si tiene buen gusto y se cuele en una servilleta mojada y torcida y se vierte sobre el pescado, se mete en la nevera para que se enfríe bien y se sirve.

MANZANAS CECILIA

Se pela una libra de manzanas y se dividen en 8 partes y se ponen a cocinar en agua con azúcar hasta que estén suaves, cuando están de punto se colocan con mucho cuidado en una compotera o en una fuente honda, el sirope se deja hervir hasta que esté espeso, se retira del fuego y se le agrega una taza de natilla; dos yemas de huevo se mezclan con 2 cucharadas de crema de leche y se mezclan con el sirope y se ponen al fuego meneándola constantemente hasta que empiece a hervir, se retira del fuego y se le agrega un poquito de un buen licor, esta crema se vierte sobre las manzanas y se pone a enfriar en la nevera y se sirve muy fría.

COSTILLA DE TERNERO A LA MODA DE BELEN

Se lavan las costillas de ternero, se aplastan un poco con el hacha de picar carne, se condimentan con sal y pimienta y se bañan en huevo batido y se fríen en manteca, se colocan en un platón largo y se meten al horno tibio para que no se enfríen;

se ponen a derretir 100 gramos de manteca, se les echa 3 cucharadas de miga de pan tostado y molido; las chuletas se sacan del horno, se adornan con espárragos y estos espárragos se bañan con la manteca preparada y se sirven.

SALCHICHAS DE HIGADO DE CERDO

Se lavan y se le quitan los pellejos a 4 libras de hígado de cerdo, se muelen y se mezclan con 2 libras de posta de chanchito molido, se condimenta con sal, pimienta y clavos de olor molidos, se llenan las tripas con esta carne y se amarran los chorizos, se les hacen unos pinchazos con una aguja fina para que por ellos salga el aire y se ponen a cocinar en agua con sal hirviendo durante 1½ horas, se escurren, se dejan enfriar tapados con una servilleta para que no se revienten las tripas; para servirlos se fríen en manteca.

SOPA AURORA

Se mezclan 2 cucharadas de fécula de arroz con 2 cucharadas de harina y dos cucharadas de manteca y se fríen, se le agrega suficiente caldo de gallina y salsa de tomate, sal y pimienta y se deja cocinar despacio durante una hora; en la sopera se ponen pedacitos de zanahoria que se han cocinado anticipadamente, vainicas tiernas cocinadas y cortadas en pedacitos, encima se echa la sopa y se sirve.

AREPAS A LA NAPOLEON

Se mezclan 2 tacitas de harina con 2 cucharaditas de royal y se pasan por el cedidor, se deslíen en leche hasta formar una pasta que deje untada la cuchara, se le agregan dos yemas de huevo y 4 cucharaditas de azúcar y se mezcla bien; se baten las claras a punto de nieve y se mezcla despacio con lo anterior, y se va friendo esta pasta por cucharadas formando tortitas y doradas de ambos lados; a unas tortitas se les pone jalea y se tapan con las otras y se colocan en un platón, se les rocía coñac o rón, se espolvorean con azúcar molido y se sirven.

Dr. Ernesto Bolaños A.

Médico Cirujano

Especialista en las enfermedades de la

Nariz, garganta y oídos

Despacho: antigua Clínica de Figueres
contiguo al Dr. Corvetti
de 10 a 12 a. m.

TELEFONO 2400

Dr. Francisco Bolaños A.

Médico y Cirujano

Especialista en

Ginecología y Obstetricia

Oficina: en el Paseo de los Estudiantes
50 vs. al Norte de la Botica Astorga

TELEFONO 2963

Dr. EDWIN FISCHEL R.

D. M. D.

Cirujano Dentista de la Universidad de
Harvard

Ofrece sus servicios profesionales en la Nueva
Clínica Dental del Dr. Max. Fischel.
50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

Teléfono 3105

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHEL, Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

Consultorio Optico

"Rivera"

EXAMENES CIENTIFICOS DE LA VISTA
LENTE Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Dr. G. Quirós Quirós

MEDICO OSTEOPATA

(De la Universidad de Karsville, Missouri)

SU OFICINA CONTIGUO AL TEATRO
VARIEDADES, LADO NORTE

Horas de consulta: DE 10 a 12 DE LA MAÑANA
DE 2 a 5 DE LA TARDE

TELEFONOS

OFICINA 2716 :- HABITACION 2787

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central

Esquina opuesta al Mercado

PREPARESE PARA EL FRIO DEL
VERANO

En esta tienda encontrará usted las
mejores

Cobijas de Lana

y las más baratas

GMO. NIEHAUS & CO.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO".

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 - Teléfono 2131

Procuren contraer hábitos sensatos el año entrante

Va aproximándose el año nuevo. Usted medita lo que significará para la vida comercial o para la vida doméstica. Se forja las ilusiones de descanso o recreación. Importante, todo, no hay duda. Sin embargo, tiene más peso la manera en que usted hará frente a la tensión y apremio (esfuerzo excesivo y obligación al cumplimiento) que, en 1939, inevitablemente su vida le ha de producir. Por supuesto, me refiero a su salud.

Podrá su corazón, esa bomba sencilla pero vital, funcionar como de costumbre sin ser para usted difícil respirar? Será lo suficiente alta la presión de su sangre para estimular su energía o tan baja que siempre se siente cansado? Qué le dijo su dentista respecto a su dentadura la última vez que lo consultó? Tiene apetito? Apetece sus comidas? Padece estitiquiez? Se indigestan los alimentos que come de modo que le producen gases que dilatan su estómago? Ve y oye tan bien como veía y oía antes? Ha ganado o perdido peso?

Después que su doctor y su dentista lo han examinado, curados las enfermedades y corregido los defectos que tuviera, es lógico que usted espere sentirse fuerte, boyante y dispuesto para el trabajo y la diversión; pero ni teniendo buena salud, se siente usted boyante. Por qué será? Contestaré citando la conclusión, de que los hábitos diarios son los que cansan, ponen excesivamente gordo o flaco, hacen subir la presión de la sangre y producen otros síntomas, presentada por los doctores William P. R. Emerson, de Boston, Mass. y J. Grant Irving, de Hartford, Connecticut, EE. UU.,

en informe de los resultados de los exámenes que hicieron a los empleados de una compañía de seguros publicado por el "Journal of the American Medical Association", que decía lo siguiente:

"Los programas diarios, de jefes y empleados, revelaron, casi sin excepción, la tensión de la vida artificial que todos llevaban. Su ejecución, ya fuera mental, física o ambos, era rutinaria. Comían con la misma rapidez con que trabajan y concurrían a sus diversiones, como si los estuvieran apremiando, y terminaban el día comiendo inmoderadamente. Esa vida agitada los había agobiado y hecho contraer no sólo el hábito de comer ligero sino el de comer cuando estaban rendidos de tanto correr".

Refiriéndose en particular a la presión alta de la sangre, los hábitos más malos eran los de comer inmoderadamente, vivir puertas adentro en lugar de salir con frecuencia al aire libre, no hacer ejercicio, trabajar apremiados continuamente de modo que siempre estaban cansados y permitir que las penas y molestias los agobiaran.

Pictorial Review

El patrón más exacto

El más elegante

Lo encuentra Ud. en la

TIENDA DE DON NARCISO

Recuerdo del Domingo de Ramos

Los ramos o palmas que se bendicen en este domingo, con verdadero lujo de preciosas fórmulas litúrgicas, llegan a hacer parte de los **Sacramentales**, término de que usa la teología para significar o actos (la señal de la Cruz) o cosas, objetos (agua bendita, medallas) que, debido a la intervención de la Santa Iglesia adquieren y poseen una eficiencia o virtud sobrenatural muy apreciable a los ojos del cristiano. En

los ramos-benditos, pues, se halla, como en otros sacramentales, esta virtud, que, según dicen los teólogos, nos procura el perdón de los pecados veniales, nos protege contra el demonio, y aún a veces nos obtiene favores temporales: **remissio peccati venialis, cohibitio daemonis, operatio boni temporalis**. De allí que conviene conservarlos en casa y tratarlos con respeto y piedad.